



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

DESDE LA CUMBRE

Verdad y Fantasía

Escrito el año 1987

Primera edición electrónica 2006

*
*
*

Portada: Nevado de Sajama, Oruro

Editor © Rolando Diez de Medina
La Paz - Bolivia

“Todo es posible. Irreal todo.
Desde la cumbre se ven mejor
las cosas. Te auscultas, te
modificas, te transfieres.

Y si alguien dice: “fantasías”,
replícale: “sólo hay verdades.”

EL ARCÁNGEL

Absorto en la contemplación del Gran Nevado y del paisaje soberbio que se tendía a sus pies, dime a pensar en la muchedumbre de sucesos que parecen brotar como relámpagos avizorados del ínclito peñasco.

Memoria. Imaginación. Las dos magas extienden los mil pliegues de sus alas como el varillaje de un abanico fantástico.

Para explicar la dicotomía del Bien y del Mal, dueños del orbe, Dostoiewski ha lanzado esta frase genial: “Desde el principio del mundo Dios lucha con Satán y el campo de batalla es el alma del hombre.”

La lista de los gérmenes encontrados sería interminable. Opóngase sólo unos pocos. Día -Noche. Luz y Oscuridad. Alegría — Dolor. Confianza y Terror. Salud — Enfermedad. Delicia y Sufrimiento. Ética — Criminalidad. Paz y Violencia. Éxitos — Caídas. Valor y Miedo. Deslumbramiento — Ofuscación. Verdad y Mentira. Deber e Irresponsabilidad. Lealtad y Engaños. Seguridad — Peligros. Amor y Odio. Generosidad — Avaricia. Normalidad y Drogadicción. Cultura — Ignorancia. Sosiego e Inquietud. Libertad — Sometimiento. Moderación y Desenfreno. Así hasta la cuenta infinita.

¡Venturosa y desdichada criatura humana que transcurre entre bienestar y zozobras!

La mano del Señor se advierte en sus muchas bondades. La zarpa del Otro siempre en acecho.

Entre la manada de seres y de bultos que se esparce por la hoya, cruza un carro flamígero tirado por seis caballos blancos y seis corceles negros. Sus cascos ruidosos arrancan chispas del pavimento y profieren pertinaces: Optimismo y Pesimismo. Duda-Certidumbre. Concentración y Disgregación. Pecado - Santidad. Orgullo y Sencillez. Fantasía - Realidad.

¿Qué pueden importarles a un mundo que está a punto de destruirse a sí mismo las meditaciones del soñador? Y sin embargo es preciso expresarlas porque pensamiento y sentimiento nos fueron dados para comunicar y transmitir.

Nadie puede decir si fueron más sus días placenteros y benéficos, o aquellos de amargura y frustraciones. O a la inversa.

Pero Esperanza es la gran palabra redentora que reanima las mentes y enciende los corazones. Jamás ceder al desaliento ni a la pesadumbre que las horas del hombre brotan para la actividad y el júbilo de un quehacer fecundo.

Porque está escrito: el ocupado, el laborioso, el emprendedor llevan consigo su propia recompensa.

Cómo serían los dos abuelos que no llegó a conocer...

Uno extraña mezcla de sangre irlandesa con savia aimára. De complexión atlética. Buen orador. Polemista. Político y luchador de garra. Diplomático. Hombre de mundo. Llegó a ser Presidente Electo de la República falleciendo ocho días antes de asumir el mando. Dejó un legado de rectitud y coraje civil. Revolucionario de ideas, sin demagogia, honró a su Partido el Liberal. Tuvo ocho hijos, dos de ellos también varones ilustres. Culto, afable no disimulaba una cierta severidad en el mirar. Se dió a la Patria y a la Política con brío: quería transformarlo todo comenzando por la revolución moral. Fué lo que en su tiempo se llamaba un señorón. Muy amigüero, muy sociable se hizo querer por los suyos y respetar por los contrarios. Gran ciudadano.

Otro con predominio de la herencia hispana. Aunque llegó a Embajador y Ministro de Relaciones Exteriores era más una personalidad de humanista que un hombre de acción. Testa de perfil griego, una hermosa cabeza viril. Publicista, catedrático, autoridad en cuestiones internacionales. Irradiaba señorío en todos sus actos. Alto, elegante en el vestir, algo espigado su habla reposada contrastaba con el vocerío ambiente. Tuvo también ocho hijos, los cuatro varones descollantes en la vida pública. Alma refinada gustaba de la música y las bellas artes. Intachable en lo moral fué maestro de varias generaciones. Amaba a la raza nativa a la cual frecuentaba en sus fincas de los Yungas. Humanista de formación universal dejó varias obras didácticas. Fué un gran señor inserto en un espíritu de artista.

Cómo serían los dos abuelos que no llegó a conocer...

Por ese tiempo aun no se habían inventado fusiles, cañones ni granadas. Los ejércitos combatían solamente con honderos, flecheros y los portadores de porras o makanas que servían para rematar a los caídos.

Tampoco existían los largavistas pero los generales con su mirar de águilas calculaban aproximadamente las dimensiones del enemigo.

Diseminado en una vasta superficie el ejército invasor ofrecía un aspecto formidable: cuarenta mil hombres en masa compacta y homogénea dirigidos por jefes expertos en la lucha armada amenazaban cercar y destruir al ejército de los patriotas cuyo número se calculaba en menos de la mitad de sus contrarios.

— Cargaremos con todas nuestras tropas: dijo el Jefe Invasor y los arrollaremos en la primera embestida. Así se hizo: la muchedumbre agrupada en sólidos escuadrones avanzó incontenible causando graves pérdidas a los patriotas. Pero de pronto surgiendo detrás de una colina un nuevo contingente de patriotas atacó por el flanco izquierdo a los invasores. Estos enviaron refuerzas. Entonces de otra colina brotaron nuevos combatientes de los atacados que a su vez acometían por el flanco derecho. Nuevos refuerzos de los atacantes dieron la sensación de haber detenido las irrupciones enemigas. Ambos contendientes se batían valerosamente. Desconcertados los generales invasores veían que continuamente surgían detrás de las colinas nuevos y frescos grupos de combate. Les hicieron frente furiosamente.

Honderos y flecheros disparaban sus hondas y sus arcos certeramente. Muchos se batían únicamente con las porras. Hubo actos de coraje temerario de ambas partes. Los invasores con el mayor peso de su ejército daban la sensación de poder arrollar al adversario, pero éste seguía arrojando nuevos grupos de combate alternativamente por ambos flancos de la contienda. Desorientados los Jefes Invasores no sabían cómo enfrentar a esas tropas frescas que seguían brotando detrás de las colinas. Cayeron algunas piedras que venían de la parte de atrás de los invasores. Su General, un indio alto y membrudo, perdió el control:

— Nos están rodeando —dijo alarmado y ordenó la retirada que no tardó en convertirse en fuga precipitada. Los patriotas persiguieron activamente a los perdedores que fueron destrozados por los vencedores.

Así se ganó en los altiplanos la primera batalla de la guerra en movimiento que hizo célebre a Tacuilla el caudillo aimara diestro en tácticas y ardides bélicos.

El Jefe Victorioso recomendaba a los suyos:

— Desde hoy nunca atacar ni resistir de frente al enemigo. Mover nuestros grupos de combate constantemente, hacerles cambiar de posición, desconcertar al adversario con apariciones y repliegues súbitos que den la impresión de ser más aunque en realidad seamos menos. Así el puma acecha y sorprende a su presa. Era un silbo misterioso, corto, de pocas notas, que fluía con la docilidad límpida y sonora de un preludio del "Clavecín Bien Temperado."

Llegaba, se alejaba, regresaba con intermitencias graduales que parecían obedecer a un ritmo secreto. Sonaba, aquello, tan armoniosos y benévolo que contrastaba con la rudeza del monte colosal y la ciudadela pedregosa que lo circuía.

¿Sería la voz del viento? ¿El rumor de piedrecillas en su descenso al vacío? ¿El cántico de un ave desconocida que reclamaba a sus pequeños? ¿El juego indescifrable de reconditeces subterráneas pugnando por asomar a la superficie? ¿El lenguaje ritmado de un Mago de la ancestralía? ¿O más bien el anuncio de presencias nuevas como los primeros brotes primaverales? ¿Era un sueño, era realidad?

Podía tratarse de la memoria acústica de la mente, una remembranza del corazón. En verdad resultaba difícil precisar si se trataba de una fina melancolía o de un contentamiento medido. Era un silbo misterioso que sugería rememoraciones olvidadas o sobresaltos al corazón.

Se iba... Volvía... Tornaba a partir... Insistía... Más no cambiaba nunca: podía ser un lamento nostálgico o la promesa de un encantamiento próximo.

Acariciaba el oído, despertaba el alma.

Escuchó atentamente, creyó recoger todos los rumores posibles de la naturaleza. Hurgó en su memoria, interrogó a su patria de fantasías. Nada, nada anterior. Música inédita no se dejaba clasificar en recuerdos ni en emociones pasadas.

Sonaba solamente, tierno, efusivo, apasionado aunque leve y triste-alegre a un tiempo. Música repetida, insistente, semejava ser la Señora del Instante, siempre igual, siempre renovada.

De pronto sintió que el silbo melódico pasaba del suelo a sus pies, recorría sus piernas, ascendía por el torso y finalmente se detenía en la cabeza hechizada.

Entonces comprendió que la Tierra, madre magna, es también el mayor vertedero de sonidos, la guardadora de notas y aires secretos que sólo entregan su poder inventivo en la soledad y la meditación.

Fernando González, escritor colombiano, cuya mejor obra es "Mi Simón Bolívar" lanzó esta frase inaudita: "Ama a Jesús y al Diablo, a Bolívar y a Gómez" (el tirano venezolano que persiguió, encarceló, torturó e hizo matar a miles de personas durante su dictadura ominosa, cruel y sanguinaria). ¿Cómo se puede unir los contrarios? El afán de originalidad conduce al absurdo. Pensador rebelde, desconcertante, este colombiano re-descubrió agudas verdades pero también incurrió en gruesos despropósitos. Escuela unamuniana: exceso de "yoísmo", afán de notoriedad, orgullo que asaetea al mundo y pretende deslumbrar con sus genialidades expresivas. El gran libro que le dedica el boliviano Jorge Ordenes es digno de releerse, pero es muy controversial por lo raro y zigzagueante del personaje estudiado. La tesis del gran mestizo sudamericano yo la anticipé en mi "Franz Tamayo" como la solución del futuro étnico continental. Con todo, Fernando González es siempre innovador, filósofo original, pensador de altos remotes y vertiginosas caídas.

Los palcos estaban tan próximos y tan llenos que sus brazos casi se tocaban al menor movimiento. Pero mientras el suyo estaba recubierto por la camisa de seda y el esmoquin, el de la mujer lucía desnudo, soberbio, exquisitamente modelado. En la semipenumbra que los rodeaba él se olvidó de seguir la ópera y concentró su interés en admirar la voluptuosa cercanía del brazo tentador. La mujer glacial, indiferente, daba la sensación de estar sumergida en el espectáculo. De su carne mórbida y felina subía el doble olor trastornador de la mujer y del perfume. Hizo un movimiento para arreglarse el peinado, dejó entrever el nido de la axila umbrosa y el seno se hinchó altanero. Le pareció estar en el Paraíso... El brazo desnudo conmovía profundamente sus fibras sensitivas. Corto o largo transcurrió un tiempo inefable tentado por la proximidad de la carne palpitante que lo envolvía en efluvios de sensualidad. Insensiblemente se fué acercando al brazo desnudo, percibía el encanto peligroso de su cercanía, cada vez más cerca, cada vez más cerca... Inconsciente o deliberadamente la mujer fingía una escultura marmórea. Y su brazo transmitía un ardor desconocido, como un tibio y suave fuego cercano, un mensaje carnal y espiritual a un tiempo. Entonces el varón no pudo contenerse: rozó con sus dedos la piel maravillosa, se inclinó y con labios trémulos y ardorosos a la vez depositó un beso sostenido en el brazo incitante que recibió imperturbable la caricia atrevida. ¿Fué un instante, un minuto? De pronto se encendieron las luces y mientras la muchedumbre aplaudía frenética a los cantantes, la mujer del brazo maravilloso dijo fin voz baja al hombre del esmoquin volteando la cara bellísima: —"gracias." Y eso fué todo.

Ilógica del mundo actual: faltan alimentos, aumentan armamentos. Se diría que no nos cuidamos de preservar la vida sino de preparar su destrucción.

Duelen la miseria humana, el hambre, la pobreza de millones de seres, familias enteras privadas de lo elemental para una vida aceptable. ¿Pero qué se puede hacer para llegar a naciones social y económicamente más justas? Una sola persona puede ayudar a otras pocas. Más por lo general los Gobiernos carecen de la capacidad financiera para subvenir las necesidades de todos. Los cuerpos sin techo, las bocas por alimentar, las enfermedades, la desocupación aumentan desproporcionadamente en relación a la fuerza productiva de las colectividades.

¿El mundo está mal construido y peor organizado, o es el hombre el que lo ha conducido a la escasez y el abandono de muchos?

Desde un ángulo de apreciación crítica el problema social es el primero de los problemas. Si no contribuiste directa o indirectamente a tratar de solucionarlo deshonraste la condición humana.

La caridad cristiana hace mucho pero hace falta crear una nueva conciencia moral en los individuos: cada cual respondería por sí y por los demás de su contorno.

Hacen falta más luchadores idealistas, más voluntades dedicadas a la organización social. ¿Que el número nos ahoga? Pues a combatir contra el número y la necesidad de los desamparados.

Severo, hosco, taciturno el profesor evitaba todo diálogo con los niños fuera de clases. Un "bien" seco, cortante a los que presentaban buenas tareas. Un "mal" (seguro aplazo) a los errados y perezosos. Tampoco congeniaba con los otros profesores. Era reacio a todo contacto social. No tenía amigos pero se sabía que adoraba a su mujer, el único ser que entendía su genio de misántropo. Una mañana de primavera el Señor se recogió a la hermosa y dulce mujer del profesor. Este se cerró en su dolor, recibió cortésmente los pésames y volvió a su vida habitual solitario, huraño, silencioso. Un día que lo vio más triste que nunca se le aproximó el pequeño Pablito y dijo estas cuatro palabras: "Era un hada, señor..." Desde ese día el profesor y el pequeño Pablito caminaban juntos, sostenían breves diálogos y con el tiempo llegaron a ser dos amigos unidos por el recuerdo de la ausente.

¿Qué es finalmente la Luna: un astro muerto, un ser vivo, una fuerza cósmica que influye desde la lejanía en los hombres y en los sucesos de la Tierra? Compañera de los solitarios, los melancólicos y los soñadores, también puede encantar a materialistas y escépticos. Está, allí, distante, fría, inalcanzable, hermosamente redondeada. Se eleva lenta y majestuosa como una Reina opulenta o se va adelgazando hasta la estatura de un alfange combado. Posee un lenguaje cifrado que sólo recogen los poetas y los amantes apasionados. Contra-clave en el sistema solar es asimismo la patria del alma que la busca y la interroga sin cesar. La Luna: ese misterio sideral que jamás se cansa de mirarnos y de ser admirada...

— Este libro no se logrará.

— ¿Por qué no?

— Porque le falta un argumento, una trama, ese desenvolverse lógico del relato, la sucesión de hechos y cosas eslabonados y dispersos alternadamente, el nexo interior que constituye la estructura nerviosa de la verdadera narración.

—¿Y si sólo fuese una explosión de fragmentos de vida, ideas, imágenes que se manifiestan aisladamente, desordenadamente como la vida misma?

— Una obra así, confusa, sin brújula, desbridada no puede interesar al lector.

— ¿Y quien te dijo que yo deseo interesar al lector?

— Todo escritor aspira a despertar la curiosidad, el entusiasmo de quienes lo frecuentan. Por deslumbrante que fuere una acumulación de pensamientos lleva al caos, no a la comprensión ordenada de los sucesos.

— Unos buscan amarrar el corazón sensible, otros simplemente exponer sin propósito de cautivar al buscador de emociones.

— ¿Entonces confiesas que el lector es un buscador de emociones, es decir un pescador que aguarda pacientemente la presa que cogerá su carnada?

— Quien coge un libro persigue móviles tantos que no se puede clasificar a los lectores porque cada cual es un mundo de hallazgos en si mismo.

— Has compuesto muchos libros sugestivos, atrayentes, que se ganan el interés del público precisamente por su claridad, por el desarrollo de la unidad pensante; ¿por qué, ahora, quieres quebrar esa línea lógica de nitidez y precisión que caracteriza tus narraciones?

— Acaso porque me cansé del cautiverio del argumento, de las presiones del tema, del avanzar ordenado y sistemático de la mente.

— No podrás romper los lazos del claro expresar, de la continuidad de la escritura, de ese hilo argumental que es el espíritu que anima todo cuanto se relata.

— No soy un persecutor de lectores.

— Pero tampoco los ahuyentes con literaturas crípticas, estallidos breves, fugas que fingen desatinadas de un tema a otro. La confusión. En decenas de libros fuiste un vencedor por ese estilo lineal, bien estructurado del relato.

— ¿Y si ahora quisiera ser un perdedor? Rehúso someterme a la creación geométrica, todo tirado como a escuadra, sin imponer ningún esfuerzo de reflexión al que lee. ¿No se curva todo andar inesperado? Ángulos y triángulos del suceder pueden brotar también de lo irregular. Narrar, narrar... Siguiendo no la ilación lógica de lo que se cuenta, sino enlazando y dispersando conceptos en loca sucesión como pasan las cosas en la vida, impensada, confundidamente.

— En ese caso entrarías dentro de la órbita moderna: turbación, ilógica, cambios bruscos de dirección y de sentido.

— Detesto la marea descendente de la estética actual en materia narrativa: populismo, vulgaridad, escándalo, feísmo, procalalia, destrozo del idioma.

— ¿No temes recaer en los excesos del ultramodernismo literario?

— No, porque no abandonaré la línea clásica del relato coherente y lúcido. Quiero, en este libro, cambiarla la forma expresiva, al ropaje exterior, sin perder la racionalidad de la narración, el ritmo interno que aun dentro de lo movible y cambiante conserva la dignidad de la escritura.

— Pocos entenderán esa nueva forma de la expresión. Confundir lo todo como en el curso de un ancho río se entremezclan piedras, ramas, hojas, residuos vegetales y animales. ¿Por qué abandonar el sistema de las separaciones que individualizan períodos y personajes?

— Todo está ligado en el transcurso de lo viviente. Aspiro a dar esa sensación de fugacidad y fragmentación que caracteriza el curso de las horas.

— Un libro sin capítulos, sin espacios que separen pensamientos y acciones entre si, un puro fluir de ideas, imágenes, recuerdos, intuiciones. ¡Qué música extraña!

— Exactamente: música y extraña mas sin abandonar el juego armónico de la narración que será siempre clara a pesar de la aparente penumbra discursiva.

— ¿Algo distinto a toda tu literatura anterior?

— Distinto no, pero si audaz y original. Cosa nueva.

Durante los recreos jugaban con una pelota de trapo, sin cansarse de correr tras ella. Llovían los goles porque los rapaces eran diestros para el quite y el avance subsecuente. En el patio de la escuela habíaseles recomendado que no se aproximaran a la Dirección porque podían romper un vidrio de un pelotazo. Y esto fué lo que precisamente ocurrió esa tarde cuando debido a un puntapié demasiado fuerte la pelota se desvió hasta la Dirección rompiendo un vidrio con estrépito.

Consternación de los chicos. ¿Cómo reaccionaría el Director? Paralizados de miedo vieron salir por la puerta al hombre que con la cara descompuesta por la ira preguntaba: —¿quién ha sido?

Ya se sabía el castigo: un par de bofetadas y acaso la expulsión. Con los rostros bajos sin atreverse a mirar al Director los rapaces callaban. Sabían que el pelotazo brotó del pequeño Marcelo pero ninguno se atrevía a denunciarlo.

Después de unos instantes de silencio se oyó la voz de Benjamín, que no era culpable, atribuirse la ofensa: — “He sido yo”. El Director le propinó dos sonoras bofetadas y acto seguido lo expulsó de la escuela. Costó muchas fatigas a su padre y no pocos ruegos al Director para que Benjamín volviese a su curso. Sus compañeros lo acogieron jubilosos y lo eligieron jefe de la pandilla. Fué el pequeño acto de heroísmo del teniente Benjamín Querolles que doce años después perecía en la batalla de Las Lagunas exponiendo su vida para salvar a un compañero herido. “Estaba escrito — comentaba el pequeño Marcelo, soldado a sus órdenes — los hay que nacen para cargar con los errores ajenos.”

Wanda, atlética y dinámica, trepaba el cerro con el mismo ardor que Estanislao, su primo, mozo arrogante, atrevido, dotado también de excelentes condiciones físicas. Detrás de ellos, jadeante, teniendo a veces que retroceder para ayudarlo, los seguía Sabina el otro primo mejor dotado para las letras que para arriesgadas excursiones al aire libre.

En un paso dificultoso que Wanda y Estanislao cruzaron bien, Sabino resbaló y se hizo un desgarrón en la pierna al caer contra la roca. Los dos escaladores volvieron para auxiliar al herido. La muchacha rasgó la parte inferior de su camisola, restañó la sangre e improvisó un vendaje que permitió accidentado reanudar el ascenso. Después de no pocas fatigas ganaban la cumbre. Con voz imperiosa Estanislao planteó el problema seguro de ganarlo a su favor:

— Ya es tiempo, Wanda, que decidas a cual eliges; los dos te pretendemos para esposa: Estanislao el fuerte y el débil Sabino. Decidete.

La muchacha le contestó tranquila:

— Tu eres magnífico, fuerte, osado, te bastas por ti mismo, no requieres ayuda de nadie. Yo sería poca cosa a tu lado. Sabino, en cambio, débil como tú lo reconoces, necesita amor, comprensión, ayuda afectuosa y constante. Prefiero ser una buena compañera junto a él. Seré su esposa.

Jamás comprendió su derrota Estanislao porque ignoraba el valor de la palabra "ternura".

Platón, Platino, Schelling: una línea de idealismo trascendental. Bach, Mozart, Beethoven: las tres cimas de la música clásica. Homero, Dante, Cervantes: los mayores aedas de la proeza humana. Tintoretto, el Greco, Watteau: magos de la forma y del color. Asoka, Pericles, Carlomagno: guías de pueblos. El trío de los guerreros insignes: Alejandro, Julio César, Napoleón. Los tres santos del pensamiento cristiano: Santo Tomás, San Agustín y el Hombre de Assis. Tres indagadores del alma andina: Villamil de Rada, Tamayo, Fernando del Ande. La troika de los negadores: Nietzsche, Freud, sartre. Los iluminados: Novalis, Hölderlin, Kleist. Ruiseñores de la

fronda de los anglos: Shakespeare, Shelley, Keats. Los mayores novelistas: Dostoiewski, Tolstoy, Balzac. Para el cuento: Maupassant, Chejov, O. Henry. Tres narradores modernos: Thomas Mann, Katzanzakis, Hermann Hesse. Creadores de patrias: Bolívar, Campero, Barrientos Ortuño. Maestros de la estatuaría: Fidias, Scopas, Praxíteles. El hilo de las trilogías es interminable. Sólo señalamos algunas.

... Deja fluir palabras, pensamientos, lo que fuere. Fuga de galaxias. Llamábase Toribio. Como espadas afiladas se hundían en la carne del rinoceronte. Esa casa erigida en los restos de un cementerio. Se abatió el avión violentamente contra el suelo. Del tiempo y del río de Thomas Wolfe. La interpelación degeneró en batalla campal. El abrazo prohibido pero cuán dulce. Doscientos millones en cinco horas. El pez que quería volar. Un látigo de fuego azotaba el aire. Karelina rodando sobre la nieve. Tiros, tiros y un gran silencio final. La cabeza segada del Mururata. Pacto... diabólico horadando la materia. Un sueño desgarrador preanuncia vértigos. La cúpula de la Catedral. Seis naranjas musicales. Hiperrealismo...

Rutina... rutina... Siempre lo mismo: las mismas cosas, en los mismos sitios, a las mismas horas. Todo igual, monótono repetido. El ser esclavo del hacer. Acecha la fatiga de lo que jamás cambia. La pantera enjaulada no es menos desdichada. Lo tenía todo, acaso en exceso, pero sujeto a la puntualidad horaria y a la repetición forzosa de idénticas acciones. Las costumbres habituales como eslabones de la cadena cotidiana. Siempre lo mismo sin variación alguna. El hombre cuadrado por la rigidez de líneas inexorables. Todo parigual, reiterado, insistente. Prohibidas la imaginación y la mudanza. Vivir mecánicamente ¿es vivir? Ni novedad ni hallazgos, lo conocido sucediendo a lo conocido. Un día la persona que lo tenía todo pero sujeta a la tiranía de lo que se repite sin descanso se internó en el bosque y ya nunca regreso.

Existen situaciones extremas en las cuales el hombre no sabe qué hacer. Por ejemplo un señor de edad avanzada carece de ingresos, vivió los últimos años de vender objetos de su propiedad. Pero la crisis económica se cierne tan pavorosa que ya nadie quiere comprar nada; el señor de edad tiene reservas para sostenerse tres meses, al cabo de ellos se abre el abismo de la necesidad: no tendrá recursos ni para comer. ¿Cómo atender la vida de sus familiares, cómo sostener la casa? Un telón negro cae ante sus ojos. Nadie compra nada. Los Bancos cierran crédito o lo hacen a intereses tan altos que en dos años devoran el dinero prestado. Los amigos de antaño ahora enriquecidos rehuyen contactos, temen se les pida ayuda económica.

Para el creyente hay dos soluciones: "un milagro más del Señor que siempre me sacó de trances apurados, o que EL me recoja evitándome ver la ruina de mi hogar."

Ha intentado todos los medios imaginables para poder financiar los escasos años o los pocos meses que le quedan sin encontrar salida a sus necesidades perentorias.

¿Qué hacer?

La mente se esteriliza en busca de soluciones prácticas. El corazón desfallece. Y hay otras desdichas familiares que aumentan la pesadumbre del necesitado. También la enfermedad asoma su rostro lúgubre. Todo se presenta adverso.

Camino de salvación no lo hay. La esperanza es derrotada día por día, hora por hora.

¿Qué pasará el día que no tengas recursos para el sustento diario?

Sólo cabe el ruego del buen cristiano: ¡Dios Mío acude en auxilio de tu siervo en desgracia!

La belleza efímera de la rosa. El despuntar de la aurora. Los trinos del ruiseñor. La majestad vertical del árbol. Risas de niños. El césped compacto y luciente. Un pensamiento atrevido. Imágenes atrayentes. La sugestión de un sueño. Ese acto generoso que te hizo feliz. Hay tantas cosas fascinadoras... Pero el tiempo de crisis es tan duro que no permite deleitarse en las

maravillas de la creación. Hay tanto por ver y sentir, tantísimo por absorber... El mundo real se torna cada vez más incorporado para la ocupada criatura humana.

Apretó un botón de la cajita negra que llevaba en la mano y en tres segundos estuvo en la cima del nevado que se alzaba a 7.000 metros sobre el suelo. Al descender con igual rapidez se le antojó almorzar en Marte, montó el rayo de luz transportable y pudo hacerlo en el planeta rojo. La Tierra tenía por ese tiempo no más de 50 millones de habitantes, todos llamados Reyes que podían satisfacer todos sus caprichos debido a los inventos. Las mujeres todas bellísimas, muy codiciadas porque subsistían en proporción de una por cada tres hombres. Se habitaba en el fondo de los mares y en las grandes plataformas volantes suspendidas en el espacio. Los cuerpos podían hacerse invisibles a voluntad y los rasgos faciales cambiarse sin esfuerzo. Los menos seguían creyendo en el Cristo, los más adoraban a Luzbel patrón de la energía y de la velocidad. Los paisajes telúricos podían transformarse en fondo y forma. Plantas rarísimas sustituían al antiguo mundo vegetal. Animales extraños vagaban en torno a las ciudades sin causar daños ni temor. No había hambre ni desempleo, menos guerras ni conflictos sociales. Todos vivían activos, ocupados en centenares de funciones antes ignoradas. Desaparecidos el odio y el amor una tibia simpatía unía a los seres y a los visitantes extraplanetarios. Viajar con la velocidad de la luz era el sueño de los más audaces. Y se conocían otras dimensiones de la vida que expandían los placeres del descubrimiento. Todo se transformaba a poco de existir. Y nuevos colores ensanchaban la cromática visual. Sucederá en el año 5400 de la era cristiana cuando hayan desaparecido los gobernantes, los sabios y los críticos.

Si desde la cuna se los forma y se los guía celosamente podría llegarse a los hombres perfectos. Siempre buenos, nobles, activos y altruistas. Qué ignoren el Mal, la mentira, el engaño, la envidia, la codicia, la gula, la pereza, la lujuria, las ambiciones desmesuradas. Que desdeñen el exceso de riquezas, el lujo, las ansias de poder. Que jamás se dejen abatir por los contrastes de la vida ni por las flaquezas del ánimo. Que desconozcan la deslealtad, la traición, el dolo. Ajenos a la intriga, a la murmuración, a las pendeencias. Ni discutidores ni soberbios. Y además...

Fué interrumpido por la voz del Otro que con luzbética sonrisa dijo: —no serían hombres sino muñecos.

Volvías a la casa y era como entrar a un reino de paz. Todo limpio, ordenado, presto a ser utilizado, al alcance de la mano. El ojo hallaba todo en armonía con la necesidad doméstica. Podías descansar tranquilo en esa atmósfera de sosiego, o bien dedicarte a la escritura sin que nada perturbara tu tarea. En contraste con el bullicio callejero aquí, adentro, seres y cosas parecían regidos por un equilibrio interior. ¿Cuántos pueden jactarse de hallar su hogar tranquilo, acogedor, verdadero refugio contra los desagradados de afuera? Trasponías el umbral y la morada familiar, serena y jubilosa, te entregaba a la ternura de la Muy Amada y de los hijos. Cada cosa en su sitio con su presencia y su luz propias. Promesas de ventura en el rincón más humilde. Una música secreta alegrando el ambiente. La casa tibia y receptiva era la contraparte del mundo hostil y pérfido. Te recibía amorosa, consoladora, seductora. Fué regida por un Hada y sólo lo comprendiste cuando el Señor se la recogió.

Era orgulloso, necio, despreciativo. Caminaba con la cabeza muy levantada como dirigida al horizonte para no detenerse en el ambiente que lo rodeaba. No del todo farrista pero si lo suficiente para hacerse fama de nocharniago, formó su grupo de admiradores interesados que aplaudían ciegamente todo cuanto brotaba de su endeble pluma. Placiale atacar a los famosos y encumbrar en cambio a los mediocres. Poseía dos armas para herir a los escritores con quienes no simpatizaba —eran tantos — la acidez de su pluma que sólo veía defectos, o hacer el vacío a los mejores libros.

Cierto día un escritor no se sabe si sincera o irónicamente lo llamó "el príncipe de los críticos", hecho que duplicó su arrogancia.

Envidiaba sobre todo a Menéndez, célebre hombre de letras que lo aventajaba considerablemente en agudeza analítica, en cultura y en estilo y que sin haberse dedicado exclusivamente a la crítica firmaba trabajos impecables por su fuerza interpretativa y la belleza de la forma.

El envidioso criticó los primeros libros de Menéndez en modo tan injusto que recibió reproches de todos los ángulos. Entonces decidió recurrir al arma torva del silencio: en veinte años posteriores calló ante veinte soberbias obras del famoso escritor.

Hipócrita por temperamento cuando encontraba en la calle a Menéndez se deshacía en elogios sobre su persona y acerca de sus creaciones literarias.

El famoso escritor recibía premios y homenajes tanto de su patria como del extranjero pero el "príncipe de los críticos" no se rendía; para él no existían Menéndez ni su considerable y ponderada obra literaria.

Pasaron los años, el escritor famoso cosechando siempre laureles, el crítico amargándose por los triunfos del odiado rival, recluido en su covacha de mediocres y resentidos.

Una mañana la prensa anunciaba que Menéndez había ganado un gran premio internacional acompañado por muchos miles de dólares. Diarios y diarios, escritores, y el público en su grande mayoría festejaron la victoria del eminente intelectual. ¿Callaría ante el triunfo rotundo del envidiado el crítico de marras? Se esperaba una reacción favorable, siquiera por una vez. Pero las gentes quedaron defraudados: el crítico maligno calló una vez más, pues al leer en los diarios la noticia de la victoria consagratoria del odiado rival, sufrió un infarto por la cólera que lo acometió y calló definitivamente. Menéndez, sin rencor, fué a orar en su tumba.

Es una vara altanera que se yergue vertical hacia el cielo. Abre sus capullos con blancura de nieve que ceñirá con finos filetes de color lila. Destácase soberbiamente individual entre las flores del jardín. Díjese una plegaria vegetal. Sus pétalos se despliegan armoniosos en una teoría de alas inmóviles. Se entrega en su pureza virginal como una promesa de dicha inalterable. Es una princesa encantada que reina sobre todas las miradas. Un poema flexible de belleza recatada. ¿Un llamado de lo maravilloso? Solamente un gladiolo que nace a la plenitud de su ser.

Unos hablan de los tesoros del Inca, estatuas de oro purísimo que representaban a los doce monarcas históricos a contar del legendario Manco-Capac hasta el último dinasta Atahuallpa. Refiérese que una de sus piezas famosas es una cadena áurea de gruesos eslabones y más de veinte metros de longura que está sepultada en el fondo del Lago Titikaka.

Otros creen en las riquezas de los jesuitas que fueron escondidas en la región de Sacabaya, cuando aquellos fueron expulsados por la Corona Española de la metrópoli y de las colonias americanas.

Horadando el muro de las leyendas existe otra versión, la menos conocida, a la que sólo se llega por el esoterismo aimára. Y el tesoro más antiguo, más fabuloso, es el de los Tiwanakus dispersado en el sotosuelo de varios yacimientos arqueológicos del altiplano paceño al cual no han llegado los científicos ni los excavadores de ruinas prehistóricas porque los antiguos moradores del País de Altura escondieron sus riquezas auríferas más celosamente que los egipcios tapaban sus tumbas reales.

Conocí una llamita de oro de no más de quince centímetros, pero tan prodigiosamente labrado y pulido el metal que resplandecía al beso del sol. Quise adquirirla pero el Santiago Condori, kolla de pura cepa se negó a desprenderse de ella:

— Tengo que entregar la a una comunidad secreta de Amautas del Illampu —dijo—. A ti te traería desgracia. Y nunca más volví a ver a la llamita áurea procedente del Tiwanaku misterioso que se evade a la comprensión de los hombres.

Un compañero indio en el Colegio "Ayacucho" tenía un cóndor tallado en un crisoberilo. Al cogerlo daba calor a la mano intrusa y a los rayos del sol emitía extraños fulgores como queriendo hablar.

— ¿De dónde lo sacaste? — le pregunté.

— Era de mis antepasados —repuso el Fermín Yupanqui— pero no podemos revelar la gruta de donde procede este mineral.

También se habla de tesoros de los atlantes y aun de los más remotos antis. No hay rastros de ellos ¿pero si existieran?

Convertir este inmenso país minero en un emporio de trigo y proteínas hasta darle la categoría de primero en la producción agropecuaria es el sueño de agrónomos y estadísticos. Volver a la tierra, cuna fértil de los grandes imperios desvanecidos del continente prehistórico sería el instrumento más eficaz para despertar estas muchedumbres adormecidas por la fiebre del industrialismo y la fascinación de las urbes. "Jacha-Pacha-Mama", la Gran Madre Tierra posee el talismán de los tiempos futuros. Volved a ella!

En vez que las multitudes agrarias emigren a las ciudades habría que repoblar los campos. Bolivia tiene inmensas extensiones vacías, escasa población, campo y anchura para albergar a seiscientos millones de seres; ¿qué esperamos? Toda riqueza mineral se agota. La producción agrícola se renueva siempre y si se aplican las técnicas modernas se decuplica. Está en vuestras manos, bolivianos, cambiar y mejorar el rumbo de esta nación nocturna que olvidó las grandes lecciones del trabajo colectivo fecundando el suelo y volviendo al hombre a la naturaleza. El agro es más que el comercio y que la industria.

Basta leer las novelas de los Premios Goncourt para comprender la inmensa amargura, la frustración y la quiebra general de los valores en las almas francesas, durante y después de las dos Guerras Mundiales. En esos relatos brotan seres sombríos, de negro pesimismo, desconcertados y desconcertantes. ¿No es la literatura espejo de la vida? Los novelistas galos, a partir de 1914, expresan las profundas transformaciones y el horror de este siglo tenebroso atravesado por balas y bayonetas.

El narcotráfico está dominando a gobiernos y sociedades corrompiendo cada vez más conciencias con el poder del dinero. ¿Quién y cómo podría contenerse este cáncer social? Entretanto niñez y juventud se hallan expuestas al terrible mal ante la impotencia y desesperación de los atribulados padres. ¿Por qué, Señor, por qué?

¿Que no hablan plantas, minerales, cosas? Cada cual tiene su lenguaje propio no siempre audible para oídos toscos. Ves por los ojos pero escuchas con el alma. Ayer tarde los álamos se rebelaron contra el viento que los azotaba furiosamente y escuché que le decían: "¡basta, basta, por qué tu furia asesina que ya desgajó muchas ramas!! Y el señor de la atmósfera repuso ásperamente: "necesitáis ser conmovidos, detesto vuestra esbeltez, vuestra elegancia, sin mi acicate no creceréis tan orgullosos y mediréis vuestra fragilidad." Y una roca tendida en el camino comentaba: "pobres adversarios siempre en movimiento. Si conocieran la grave dicha del eterno reposo. Nada espero pero tampoco nada temo, mi edad multiseccular me sustrae a los embates del cambio. Árboles, vientos, rocas juguetes del tiempo.

Entraba al cuarto y seres y cosas se estremecían en ondas de placer; lo abandonaba y todo se ensombrecía como despojado del privilegio de su presencia. Ese don de esparcir luz y confianza es la virtud íntima del Ser Amado.

Desde el primer instante de conocerla quedó hechizado por el brillo de sus ojos y la fascinación de su sonrisa. ¿Serían así las Emperatrices del tiempo antiguo bellísimas, soberbias, henchidas de grandeza y majestad?

Personalidad irradiante la suya, no buscaba convencer ni llamar la atención. Moderada en el hablar lo hacía tan apropiadamente que parecía adentrarse en la raíz de las cosas. Su hermosura exterior ensamblaba finamente con su interior espiritualidad. Dijérase una diosa tallada en los mármoles de Praxíteles y animada de la Gracia cristiana.

Estaba tan próxima que absorbía el perfume natural del cuerpo espléndido. Estaba tan lejana como una estrella remota, inalcanzable. Destinada seguramente a hombres logrados de posición eminente. ¿Cómo podría rivalizar con ellos el muchacho veinteañero cinco años menor que la beldad?

Ella lo trataba como una hermana mayor al hermano predilecto con afecto, suavidad y simpatía. Nada más. El se consumía, en su amor secreto que no se atrevía a revelar.

Insensiblemente los iba aproximando la constante compañía. Amistad ejemplar —decían las gentes —la mujer y el muchacho porque se les antojaba desinteresada, lejos de la pasión que devora a los mayores.

Pasaron los meses. Ocurrieron muchas cosas en el país de altura. El entendimiento entre ellos crecía, crecía sin que se manifestara la respuesta erótica en la mujer. El soñador la amaba, la respetaba, la admiraba. Ella acogía placentera al jovencito siempre en su rol de hermana mayor.

Pero un día de gloria en la fiesta de la Embajada, después de una hora de alejamiento la diosa le preguntó:

— ¿Por qué no me sacaste a bailar?

El muchacho la miró con tristeza:

— Tú sabes por qué —respondió— y la pena resplandecía en el rostro varonil. Luego le expresó que viajaría al exterior para estudiar los cuatro años de ingeniería.

La mujer, sorprendida, lo miró intensamente. Su mirada fulgía de ternura y comprensión:

— No te irás —dijo— sonriente, acogedora. Yo te necesito y haremos juntos el camino de la vida.

Y así fué cómo se produjo el increíble amor de la mujer y el muchacho que se elevó a la pasión madura y reflexiva conforme transcurrieron los años.

La dama y el poeta vivieron cuatro décadas en perfecta armonía, tuvieron tres hijos, y refiere el Ángel de la Dicha Hogareña que jamás se dió ni se daría unión tan perfecta porque ambos estuvieron destinados a la emparaisada compañía. Ni en la vida ni en la literatura vióse caso igual. Dos como uno. María y Fernando en una sola espiga de amor y sentimiento. Y para siempre!

No hay enigmas en la naturaleza ni en las cosas. El misterio nos habita y lo proyectamos en nuestro pensamiento por la avidez de comprender. Ciencia o arte el fenómeno discernible arriba tanto más rápido cuanto más intensa la pasión de averiguar el por qué de lo que sucede. El hombre común ve poco y adivina menos. El poeta por el vuelo de su fantasía se expande en travesías inverosímiles que lo transportan a mundos reales o imaginarios, vivos acicates de su poder de intuición. Si persistimos en la búsqueda obstinada todo arcano puede ser revelado,

excepción hecha de las cosas divinas en las cuales sí existe el enigma más allá del entender humano. Misterios, cifras del mundo y de la vida. ¿Los poseemos o nos poseen?

Democracia industrial, dictadura totalitaria: los dos extremos de la política mundial. Ambos sistemas tienen sus defectos, agravados en el segundo caso. El mundo tiene que inventar un término medio entre libertad y deberes civiles. Un nuevo sistema político que supere los desenfrenos democráticos y las crueldades comunistas. Algo distinto, algo nuevo... Ni dictadura que aplasta al ser humano ni democracia que degenera en libertinaje. Una forma inédita de vida social, una diferente estructura política. Que dirijan y ordenen menos, que se supere los abusos del sindicalismo. Democracia de selección, gobernar verdaderamente con los mejores; democracia orgánica, ordenadora, reguladora de los movimientos sociales; respetando al individuo pero imponiéndole su sometimiento a la necesidad común. Se requiere un nuevo sistema político: habría que inventarle el nombre.

Fué un sueño hermoso que duró tres años. Comandaba un grupo de muchachos inteligentes, audaces, emprendedores, idealistas que le obedecían ciegamente. Sabía mandar, sabía hacerse obedecer. Primero en el trabajo y en el sacrificio, pretendía formar una legión de jóvenes preparados para la lucha civil; entonces pasarían del grupo cívico al nuevo partido político y aspirarían llegar al poder para transformar la Patria vetusta y adormilada de los mandones y los ricos.

Rememoro una por una las grandes conferencias públicas (cómo resonaban los aplausos!) en las universidades, en las minas, en los campos. Las polémicas violentas con los defensores a sueldo de la democracia capitalista que dominaba al país. Recordó las amenazas de muerte y las cien hostilidades que llovieron sobre su persona. El respaldo de un solo diario contra diez en contra. Los apuros económicos. Cómo se angustiaba por ayudar a los suyos pobres, dóciles, leales. Por las mañanas despertaba lleno de fe y de energía: lo que parecía imposible se lograría, un partido político de jóvenes con un nuevo ideario de renovación y programas verazmente constructivos haría el milagro de sacudir a la Nación y encaminarla por nuevos rumbos de acción. Por las noches lo asaltaban las dudas ante la inmensidad de su sueño: persuadía a cientos, pero la gran masa nacional permanecía inerte. Nadie pudo aquilatar lo que sufrió en esos tiempos de lucha contra el poder monstruoso del dinero que lo corrompía y dominaba todo. En el fondo estuvo solo porque los muchachos que lo seguían carecían de su firme voluntad, de su madurez intelectual, de su ardor combativo y persuasivo.

Fué en verdad la batalla de un hombre y de una idea. Pachakutismo: el dios aimara del Milenio que mandaba padecer y persistir por una Patria Mejor.

Conforme pasaban los meses advertía síntomas de cansancio y descontento en sus muchachos. La lucha cívica sin perspectivas de progreso individual quebraba la esperanza de los más que plantearon la necesidad de entrar a la política militante: el ansia de poder se introdujo en sus filas. Contra su voluntad lo indujeron a entrar en política en contubernio con los viejos partidos. Renunció la jefatura del grupo cívico pero sus compañeros quemaron la renuncia y le rogaron que siguiera comandándolos.

Desilusionado de la pureza de intenciones de la época inicial advirtió ciertas maniobras repudiables en los mejores de sus hombres. Y cuando tuvo evidencias que lo rodeaban la intriga, el engaño, la traición renunció a la lucha civil y a la política y regresó a sus libros.

El movimiento cívico naufragó con su creador. No había nacido para conducir hombres. Y regresó a su tarea humilde de difusor de ideas. Pero la aventura cívica quedó como el recuerdo de lo más noble que hiciera en su vida porque lo expuso todo en un ideal de regeneración colectiva. ¿Qué podían importarle la incomprensión y las mofas de los contemporáneos? El había cumplido su deber ciudadano y esto basta. El viento le traía el rumor del vibrante lema inventado en el ardor del combate cívico: "¡Salud y Lucha! Sin miedo y sin descanso al servicio de Bolivia."

Recuerda al halcón que simbolizó tu juventud: osado, veloz, infatigable. Hoy sólo te expresa la imagen de un águila cansada. Si escritor no hallas con la pérdida facilidad el tema que mueva tu pluma. Si hombre de acción te sientes pesado y lento para emprender nuevas búsquedas. El deterioro físico es inevitable, también se aflojan los hilos del ánimo. Todo está bien, así necesariamente tiene que ser. Nada reproches al Destino: te concedió vida tan diversa, fecunda y activa que ahora es justo soportes las fatigas del declinar. Y sin embargo sigues produciendo ¿no es éste el mejor regalo para el contemplador y el realizador que te habitan? Una vida rica en sueños, hazañas espirituales y creaciones materiales dignifica la condición humana. Deja que tus aguiluchos alcen vuelo. El descanso final está próximo.

¿Cómo se aprende la ciencia de titular? No es una técnica de aprendizaje: brota porque si. Pertenece más al vuelo de la inspiración que al orden de la búsqueda afanosa. Si Dios concede el don de la escritura, son los geniecillos de la oportunidad los que te guían a la gran cantera de los nombres. Ignoras por que y cómo te acudió un título; se diría soplado de un ámbito remoto. Los hay tan perfectos que parecen surgir de una eterna primavera. Repasa la nominación de tus ochenta y cinco libros, títulos hay que fulgen como rubíes encendidos y otros que se esconden como esmeraldas pudorosas. No es una ciencia, es más un arte intuitivo que no se aprende por el ejercicio mental. Brota de la más honda intimidad como ciertas melodías de Schubert y esculpe nombres que ya nunca se olvidarán. Titulación: magia del espíritu que no fué concedida a todos.

Ni la fama ni el dinero son las metas del artista verdadero. Llegan sin que los busques. Debe bastar la admiración de algunos —pocos o muchos— para recompensar los desvelos del creador. No hay frustraciones, sólo tentativas claras u oscuras para lograr un cometido. Nada está perdido; aun en la obra más endeble hay un residuo de fuerza adormecida. No te ufanes con los victoriosos; también los que pierden poseen su íntimo resplandor.

Escribir sin puntuación: disparate puro. La escritura automática del surrealismo: una farsa. El relato populista y vulgar: consuelo de tontos. En su afán de innovar, de aparentar originales los modernos destrozan el lenguaje literario.

La meditación desordenada pero continua puede llevar al libro; libro que sólo entenderán intuitivos y sagaces. Piensa, piensa, escribe, escribe... mas siempre hay un hilo conductor que impide el desvarío.

Una hora de meditación puede contener cien mundos, o también desvanecerse en el pálido flujo de un río sin orillas. No te cansas de pensar; te fatigas de interpretar lo pensado. Sacro y terrible don: el pensamiento, lo mismo conduce al cielo que al infierno.

El Tiempo muerde y acaricia indistintamente. Te hace feliz o desdichado, tranquilo o ansioso. El reloj es el símbolo siempre de la inquietud humana. Minutos, segundos corriendo siempre en la carrera que no tiene vuelta. Sabio el antiguo que ignoró la opresión del minuterio.

De los grandes aeroplanos descendían los hombres por millares extrañamente ataviados con unas mallas negras ceñidas a sus cuerpos. Llegados a tierra se enderezaron hacia el gran Castillo Blanco que coronaba la colina más elevada del paisaje. Avanzaban en columnas cerradas llevando sus arcos en las manos.

Del castillo partieron los primeros cañonazos intentando detener la marcha de las columnas armadas. Entonces los guerreros se dispersaron en enjambre numeroso evitando servir de blanco a los cañones del castillo-fortaleza.

Capitaneaba a los invasores un sujeto alto, fornido, que en vez de espada manejaba una varita de junco con la cual acompañaba las voces de mando.

Con escasas pérdidas los invasores llegaron ante el vasto foso cubierto de agua que ceñía como un anillo el edificio. Derribando algunos árboles construyeron sólidos puentes para cruzar el

foso, pero como debían avanzar en fila de a uno, fueron fácil presa de las flechas que partían del castillo y diezaban las filas de los atacantes.

El hombre de la varita dió la orden de replegarse pues parecía poco menos que imposible llegar al pie de las altísimas murallas de la fortaleza.

Llegó la noche. La luz de las antorchas del castillo se reflejaba en el cielo. Y en los campamentos de los invasores brillaban millares de luces provenientes de las fogatas.

Todos parecían haberse entregado al reposo. Más en el Castillo Blanco el Rey y sus consejeros estudiaban la manera de romper el cerco enemigo y enviar mensajeros pidiendo auxilio a los soberanos amigos. Tampoco el guerrero de la varita descansaba: urdía estrategias para penetrar por traición a la fortaleza sitiada.

La lucha se prolongó muchas horas. De día sitiados y sitiadores combatían con ardor, por las noches recogían sus muertos y curaban a sus heridos sin que la victoria se pronunciara por ninguno de ambos bandos.

El hambre y la sed acosaban ya a los combatientes.

De pronto un soldado dió un grito, la tierra se hundía bajo sus pies. Por este accidente fortuito dieron con una entrada subterránea cuya existencia ignoraban los habitantes del Castillo Blanco. Esa noche los invasores penetraron a la fortaleza y degollando a los centinelas poco tardaron en apoderarse del formidable recinto que parecía inexpugnable.

Rendida la fortaleza el Hombre de la Varita dijo al Rey Dagoberto:

— Nada temas. Respetaré tu vida y la de tus gentes. No se violarán sus domicilios ni habrá saqueo. Entrégame el Escudo Mágico de los Deseos y me retiraré con mi ejército sin causar daño a nadie.

El soberano miró a su conquistador pesaroso:

— No puedo —dijo— la profecía anuncia que si me despojo del talismán mi reino será aniquilado.

— Lo lamento —adujo el jefe de los invasores. Lo buscaremos y si no lo puedo encontrar tu reino será destruído por mis hordas.

El Rey Dagoberto que estaba sentado en un sitial de oro que ocultaba el Espejo Mágico de los Deseos tocó disimuladamente el talismán y al punto brotó una doncella hermosísima que con su sola presencia reconcilió a los adversarios.

El Hombre de la Varita casó con la doncella Ildegarda, se convirtió en aliado fiel del Rey Dagoberto y nadie osó asaltar nuevamente el Castillo Blanco.

— ¡Qué hermosa historia —dijo el Soñador— hazme entrar en ella, transpórtame a su tiempo!

El Monje Azul sonrió melancólico:

— No puedo —replicó— es sólo una anticipación. Sucederá dentro de mil años. Y tú serás uno de sus protagonistas mas no puedo señalar cual.

La perfección no existe, es sólo un ideal. Tampoco el Bien absoluto. Ni la felicidad permanente. ¿Qué sería del mundo sin las irregularidades de su tránsito, las asechanzas del Mal,

los trances de dolor y de amargura? El equilibrio vital proviene precisamente de la dicotomía de los contrarios. No que seamos maniqueos pero si admitir la admirable composición de la naturaleza que nos lleva de un extremo a otro y con mano sagaz nos trueca en amos y esclavos del destino. Todo está bien: acepta lo favorable y lo adverso con ánimo igual. Porque está escrito: criatura de imperfecciones es la persona y justamente por ello aspira a la perfección que se da y se evade sin cesar.

¿Cuál sería tu venganza si pudieras reunir a los envidiosos y perversos que te combatieron y te hicieron el vacío?

— Simplemente: los obligaría a ver constantemente las tras portadas de mis libros que traspasarían como saetas veloces sus corazones mezquinos.

¿Y si se negaran a mirarlas?

— Haría que un disco repitiera sus títulos con intermitencias de silencio.

¿Si se tapan los oídos para no escucharlos?

— Les diría: hermanos id en paz. Al fin y al cabo vosotros también fuisteis acicate para superarme con vuestro menosprecio y silencio intencionado.

Cuando entró a trabajar como gerente de los negocios del tío Ruperto, minero y acaudalado industrial todo empezó bien, ganaba un gran sueldo, tendría participación en las utilidades y gozaba de la confianza ilimitada del potentado. Cuando éste emprendió la construcción del gran hotel de lujo que pondría en riesgo su fortuna el sobrino redobló sus esfuerzos: tras largas y difíciles gestiones obtuvo gruesos préstamos a bajos intereses, logró importantes liberaciones para importar materiales y mobiliario, consiguió la exclusividad del juego, desbarató campañas de prensa mal intencionadas, administró concienzudamente las obras del magnífico edificio que sería orgullo de la ciudad. No por entregarse celosamente a la construcción del hotel dejó de atender los negocios mineros e industriales del tío.

Fueron tres años cargados de obligaciones y responsabilidades. "Estoy muy contento de tu colaboración —expresó más de una vez el industrial— has respondido con creces a mis esperanzas."

Al cerrar el tercer año y estrenarse con gran pompa el lujoso Hotel Bellevue, el tío fue unánimemente aplaudido por la opinión pública: he aquí un millonario que reinvertía sus ganancias en el país en vez de sacarlas al exterior como hacían otros. Nadie se acordó del gerente que fuera el puntal de la obra.

Los tres años de la gerencia del sobrino rindieron una utilidad líquida de tres millones de dólares; le correspondía el diez por ciento según promesa del tío o sea trescientos mil dólares. Pero el tío que nunca permitió que nadie participara subidamente en sus negocios, entretejió mil argucias y trató de demostrar con endebles argumentos que no había tal utilidad. Los balances no evidenciaban ganancia, había que esperar el rendimiento del primer año del hotel. Dió algunos muebles y un terreno al sobrino mas no los trescientos mil dólares que le correspondían.

Burlado en su legítimo derecho, así aprendió el sobrino que en materia de negocios sólo cuentan las escrituras públicas o los acuerdos privados ante notario.

El tío siguió viviendo cada vez más rico. El sobrino explotado abandonó la gerencia de sus negocios y buscó otra ocupación. Nunca hizo fortuna porque le faltaban la codicia, la astucia, y la habilidad para engatusar al prójimo de su honorable pariente.

La ingratitud hiere despiadada, más honda si proviene de parientes ¿Quién sabe de la soledad y las tristezas del abuelo pensativo?

Cuando requieren algo de ti mimos y palabras dulces. Si no puedes complacerlos descontento y malhumor.

¡Cuán difícil la vida de relación sobre todo entre familiares!

Sólo con la Muy Amada entendimiento perfecto. Su ausencia dejó un inmenso vacío en tu corazón que nada puede colmar. Oigo, su voz persuasiva: "unos nacen para pedir otros para dar; acepta tu destino de absorbedor de necesidades ajenas."

Los amigos interesados siempre en demanda de ayuda. El hombre de confianza que se aleja. Aunque los haya buenos nunca te faltan los ingratos y los incomprensivos tu marcha interior se torna cada día más solitaria.

¡Era tan bello confiar en los nuestros y en los demás!

A veces los cariños se adelgazan y la alegría huye de la vieja confianza.

Hora de pesadumbre: recupérate. Tu actividad se volcó hacia los otros ¿por qué exigirles reciprocidad? Las líneas del afecto verdadero y de la amistad desinteresada se cruzan por el cielo de tus sentimientos. Honra la condición humana: actúa sin pedir recompensa. Cuando te vayas añorarán al Sembrador de Estrellas.

El poeta estaba triste, no hallaba tema para componer su poema. Por más que se afanaba en la búsqueda la inspiración no acudía. De pronto una tímida flor de nomeolvides asomó su cabecita celeste entre la hierba verde. El poeta tuvo que agacharse para recoger su vocecilla:

— Nunca me miras, prefieres solazarte en la contemplación de los airosos gladiolos y de las opulentas rosas. ¿Acaso lo mínimo no tiene su hechizo y su mensaje?

Turbado el poeta contestó:

— A veces veo tu presencia celeste pero eres tan pequeña que pronto te alejas de mi espíritu.

Y se puso a mirar con atención los diminutos pétalos, el tallo núbil, la sombra ligerísima que proyectaba la pequeña flor. Contempló cómo la brisa la mecía dulcemente. Le pareció escuchar el murmullo virginal que brotaba de sus hojas diminutas. Lentamente se fué adentrando en la íntima interioridad de la encantadora florecilla. Miraba fijamente, hondamente... y repentinamente un hada minúscula surgió del cáliz de la flor de a nomeolvides. Llevaba una varita mágica en la diestra e impartía órdenes por ondas secretas al resto de las flores del jardín. Era como si lo más pequeño rigiera los destinos de lo más grande. La florecilla entonaba una oración de gratitud al Creador. Entonces supo el poeta que no hay escritor sin tema ni soñador sin inspiración porque la más diminuta flor esconde tesoros de comunicación. Mira, mira, reflexiona: todo es maravilla, todo canta, todo envía su mensaje de amor y de belleza!

El Dante amó a Beatriz. Sha Deshahan a Mumtaz. Novalis a Sofía. Schelling a Karolina. Todos cuatro con amor desapoderado que raya en celestías espirituales.

El Soñador evoca esas pasiones inmortales. No las envidia porque también él conoció la suprema dicha del inolvidable amor. María, el ideal hecho mujer, encantó sus días y transfiguró sus noches.

La historia romántica inserta en el "MATEO MONTEMAYOR"; los "LAUDES A LA ESPOSA MUY AMADA"; y "MARIA MONTEVELO" forman la trilogía evocativa de ese bienquerer que raya en adoración e idolatría.

De los dones que el Señor concede al hombre ninguno más profundo y duradero que el amor que no conoce término.

La Amada Inmortal reinó en la vida del poeta y seguirá reinando más allá del olvido y de la muerte.

Su presencia visible o su invisible cercanía dimanaban de una fuente de indecibles armonías. Siempre rumorosa.

Palabras le faltan para agradecer a Dios el regalo de la compañera inolvidable: amante, musa y madrecita a la vez.

Rosa eterna que jamás se marchita su recuerdo vibra en ondas de la más recóndita intimidad.

— ¿Pretendes medirme con los mayores amadores?

— No es que intente alcanzarlos, pero me siento parigual a ellos en dicha y en desdichas. Y en el renacer sempiterno del cariño que nunca se extingue. Perenne evocación.

Crear en el auxilio divino, si. Pero también no perder la confianza en la propia capacidad. En las peores circunstancias dejar una rendija por la cual se vislumbre el cielo azul. El optimista es la sal del mundo.

Claro está que los mil peligros que acechan al hombre pueden estallar cualquier momento: saber afrontarlos, he aquí la suprema sabiduría.

No desesperar. Seres de recuperación y de transformación somos. Por su facultad de adaptación a los instantes más difíciles se distingue la criatura humana de las bestias.

Verdad que hay destinos espantables que parecen anular toda tentativa de reacción. Son excepciones. La gran mayoría de las vidas discurre por cauces susceptibles de manejo.

Maestro de serenidad y de inventiva el varón justo sabe que Dios no abandona al que no se abandona.

Despertar cuando el sol besa la estancia ya es un mensaje de alegría: todo saldrá bien, pero si surgen dificultades templar el ánimo y combatir las con denuedo.

Al más afligido por los contratiempos le queda la esperanza: todo puede arreglarse si hay fe, confianza en si mismo, osadía para batir a la gran Maga de las Adversidades. El hombre puede torcer al destino. Alma grande es la que soporta mayor cúmulo de pesares. Y dice el Arcángel que la Gran Puerta se abrirá con mayor facilidad para aquellos que lucharon con más brío contra sombras y amenazas.

Todo estaba cuidadosamente urdido: la bella Josefa haría beber un narcótico a los guardias, penetrarían Luís y Felipe al museo después de la medianoche y quitando las llaves a los vigilantes dormidos tendrían libre acceso a las piezas más valiosas.

— Nada de perder la cabeza —dijo Luis, el jefe de la banda. Solo tenemos que sustraer el Rembrandt de la sala 15a., sacarlo del gran marco barroco y envolver el lienzo cuidadosamente. Ya lo saben, nos darán nueve millones de dólares por él.

Esa noche oscura, sin luna, al pálido reflejo de los faroles, Pedro y Juan vigilaban el exterior del edificio. La bella Josefa, cumplido su cometido de adormecer a los guardias esperaba a sus compañeros en el volante del "Nissan" presto a partir en caso de peligro.

Luís y Felipe entraron sigilosamente al museo. Sus linternas alumbraron el gran hall central lleno de esculturas antiguas. Felipe absorto ante tanta maravilla se detuvo siendo empujado por Luís.

— Vamos — dijo éste— no perder el tiempo. Deja de contemplar estos tesoros; el que va a ser nuestro nos aguarda.

Atravesaron varias salas que iluminaba triangularmente el haz de las linternas. Sentíanse acosados por tantas bellezas pero sustrayéndose a su encanto prosiguieron el recorrido hasta llegar a la sala 14a. de arte medieval. En el muro próximo a la puerta que conducía a la sala 15a. había un gran Cristo crucificado de marfil.

Felipe absorto contemplaba al Cristo marfilino que agonizaba en la Cruz. Interiormente le pidió perdón por el robo que iban a acometer. Luís lo empujó sarcástico:

— Vamos —ordenó— déjate de beaterías. Cristo era un hombre como nosotros.

Pero Felipe no separaba la mirada de la bellísima escultura.

— No seas tonto — insistió Luís, el jefe de la banda — apresúrate. El tiempo es nuestro enemigo y necesitaremos, como una hora para desprender el Rembrandt de su marco que todavía no hemos visto.

El instante en que ambos ladrones se disponían a abandonar la sala 14. para trasponer el umbral de la sala 15a. y arrojar la mirada de despedida a la hermosa escultura vieron que el brazo derecho del Cristo se desprendía del aspa del crucifijo y con la diestra les mandaba detenerse. Les pareció oír una voz secreta que ordenaba:

— No lo hagan.

Los dos ladrones se miraron aterrorizados. Regresaron donde sus compañeros y adujeron que el Rembrandt no estaba en su sitio. Seis meses después la prensa anunciaba que otros ladrones habían sido apresados cuando intentaban robar el Rembrandt pues éste tenía una alarma escondida en el marco barroco.

— EL nos ha salvado —dijo Felipe a Luis y ambos abandonaron la carrera delictiva para trocarse en gentes de bien.

Primer milagro: cuando el sol besa las plantas del jardín. Detrás del ventanal contemplas cómo se enciende el rojo en las flores de los geranios, y el verde en las hojas y los tallos airosos. Todo amanecer es un renacimiento.

Segundo milagro: cuando tu espíritu ávido de saber y de gozo se detiene a mirar el juego cálido de la luz sobre la trama delicada del mundo vegetal. Un fuego interior se proyecta y retorna al espectador.

Tercer milagro: te levantas alegre, animoso, bautizado por la epifanía del astro en la naturaleza. Ahuyentado todo, temor, alejada toda pena te preparas al combate del nuevo día sereno y vehemente a la vez. Luz y color son las alas que te dan para volar. Absórbelos.

Si el hombre afanoso de hoy, urgido de apetencias y necesidades imperiosas comenzara la jornada cotidiana en dulce preludio con la naturaleza, le serían menos penosas sus tareas.

La mejor receta para mantener el equilibrio vital y el júbilo del ánimo, recorrer el jardín antes del desayuno, saturarse de sus aires joviales, aspirar los aromas de las plantas, recoger los silbos de los pájaros, ver cómo el agua de la manguera se desliza por los surcos de la tierra removida. Y de pronto detenerte extasiado ante la nueva maravilla: una rosa de color punzó hermana su presencia encendida junto a otra de blancura impecable. Sus pétalos se abren en desplegamiento armonioso. Son las Dos Princesas del jardín. ¿Qué importa que su vida sea efímera? Bastan para encantar el día y abrir perspectivas inéditas al espíritu. El mundo vegetal reanima al hombre.

Buda lleva a la disolución. Cristo a la afirmación de la vida. La mente occidental no puede diluirse en el mundo evanescente del pensar oriental, como éste no se acomoda al vertiginoso discurrir de aquel. Son los dos polos de la conducta humana: renuncia a la acción, realización por el amor. Ambos fundadores de religiones buscan redimir al individuo, apartarlo del Mal, perfeccionarlo en la virtud; pero en tanto Gautama hunde las almas en la Noche de la inacción, Jesucristo nos abre las puertas del quehacer recto y nos promete después de la acordada jornada terrestre el nuevo Día de la Vida Eterna. El budismo destruye al individuo. El cristianismo lo prueba y lo fortalece en las peripecias de la conducta. El Nirvana anula la voluntad. La Iglesia nos conduce por la oración a la Esperanza.

Humanista, hoy: el que se interesa por el destino del hombre indaga en física y metafísica. Ahonda en religiones y filosofías. Ama la naturaleza, las ciencias, las letras y las artes. No puede abarcarlo todo pero se proyecta al mayor número de cosas y sucesos. Sucede que el varón contemporáneo y de nuestro tiempo ya no se ejercita en la actividad plural del pensamiento porque lo amarra la tarea absorbente del especialista. Siempre habrá humanistas en el sentido globalizador del término. Pero cada vez serán menos. Gratitud al Creador que nos permite proyectarnos hacia horizontes múltiples sin perder la rigurosa identidad del ser. ¿Hay todavía cultura profunda como la concibió el antiguo? La "humanitas" actual es, necesariamente, tensión en extensión más que en profundidad. Cada día habrá más investigadores, menos sabios si por sabio se entiende la menté universal que procura sondearlo todo.

Después de treinta años de fatigosas excavaciones el arqueólogo desenterró, debajo de otras tres capas de civilizaciones, la ciudad perdida de Arumanti. Y a fe que el descubrimiento resultó prodigioso. Habían templos, palacios, anchas avenidas, escalinatas en espiral, amplias plazas capaces de contener a miles de personas. Extraños estadios donde se jugaba a la pelota en forma diferente a los usos actuales: ¿con las manos, con los pies? Nadie pudo explicarlo.

Su alfarería era sorprendente, de sabia geometría, de un cromatismo deslumbrante haciendo brillar la arcilla como si se tratara de mosaicos. Tejidos primorosos. Vasos de oricalco. Vistasas diademas imperiales. Coronas de plata. Raras vestimentas que dejaban libres las piernas. Y una escritura jeroglífica que superaba los misterios del antiguo Egipto.

Imponente su arquitectura. Restos de esculturas y pinturas que hubo que reconstituir pacientemente. Habían lechos y sillas de inusitada conformación. Unos aros de metal enormes cuyo uso se ignoraba. Muchos utensilios de aplicación desconocida. Todo nuevo, raro, poco accesible a la imaginación humana de los últimos cinco mil años.

Arumanti definió el arqueólogo por cálculos geológicos y cronológicos debía contar con 15.000 años de existencia, o tal vez más batiendo en el tiempo a las culturas más remotas de Oriente. No parecía tener puntos de contacto con otras civilizaciones como si hubiera nacido, permanecido y extinguido por sí sola. Un inmenso enigma prehistórico que despertó cien teorías.

Las viviendas eran semisubterráneas, de tamaño reducido, contrastando con la grandeza y magnificencia de templos y palacios rodeados de galerías porticadas. Se descubrieron enormes

globos de madera, semidestruidos, cuyo uso no se pudo establecer. Y en el tesoro real se halló una profusión de piedras preciosas como jamás viera el ojo humano.

¿Los arumantis fueron cazadores, agricultores, guerreros, dueños de técnicas hoy abolida de construcción, geómetras, estilistas, magos, dueños de una organización social avanzada, reyes-sacerdotes, amautas-legisladores, geománticos y astrónomos dejaban huella de su paso?

Y se fueron descubriendo, sucesivamente, unos carritos de siete ruedas, pebeteros gigantescos, extraños, juegos de piezas de marfil cuya trama se ignoraba, instrumentos musicales de un metal desconocido que producían sonidos agudos, y muchas otras cosas raras y no halladas en otras culturas.

Arumanti resultó ser el mayor centro arqueológico descubierto por los sabios, tan rico de novedades que se tardó algunos años en catalogar y clasificar el mundo de sus ruinas. Sobre todo los grandes cilindros de tejido vegetal ya fosilizado, los altares poliédricos, y unas ánforas de forma trapezoidal excitaban la curiosidad de los investigadores que no acertaban a explicarse los dioses que adoraban los arumantis, ni sus ritos seculares. Todo aparecía enigmático, distinto a los hallazgos arqueológicos de edades más recientes. Menos podía precisarse si sus habitantes fueron originarios o inmigrantes de otros continentes. Arumanti devino el mayor misterio de la antigüedad.

La Academia Mundial de la Ciencia resolvió designar al profesor Vindiloff, que descubriera los restos de la ciudad portentosa, como el más grande arqueólogo-descubridor de civilizaciones desaparecidas.

Pero el profesor Vindiloff y los sabios de la Academia Mundial de la Ciencia jamás supieron que ochenta metros debajo de las ruinas de Arumanti, existían los vestigios de otra ciudad, tres veces más grande y diez veces más rica de tesoros, hallazgos y revelaciones increíbles.

El hombre es un animal de deseos; suprimirlos como postulan algunos teólogos y filósofos equivale a deshumanizarlo. No sólo por sus grandes cualidades de guerreros, sino también por su avidez permanente de nuevos acontecimientos Alejandro, César, Napoleón, Bolívar se convierten en símbolos de la voluntad humana.

Privar al ser pensante de la facultad de anhelar cambios, novedades, sorpresas y hallazgos sería quitarle el más noble atributo de su mente: mudar, transformarse, indagar, buscar, desear siempre lo que no se es y lo que no se tiene es el acicate creador de la criatura imaginativa.

Discernir entre lo deseable racional y lo anheloso prohibido es el gran problema del ser. Los deseos nos acosan: dominarlos, encauzarlos, seleccionarlos, he aquí la tarea sagaz del buscador de verdades y experiencias que el Creador puso a la cabeza de los linajes naturales.

El planeta Tierra es mucho más viejo de cuanto suponen físicos y paleontólogos. Y el hombre también.

Hizo bien el filósofo al hablar de las Atlántidas porque no fué sino varias o muchas. Pero estas ciudades prehistóricas —Mohenjo Daro, Troya, Tiwanaku— son sólo arañazos en la costra terrestre.

¿Cuántas serían las civilizaciones, imperios y pueblos desaparecidos que en el curso de los cien milenios sorbieron los mares o se hundieron en la tierra? De estas culturas antiquísimas ya no deben quedar restos porque sus ruinas las maceraron el agua y la consolidación de las capas geológicas. Pero sin duda existieron.

¿Descubrió el hombre varias veces la fisión nuclear y su terrible poderío lo destruyó; hubieron cambios de eje en el planeta; chocó la Tierra con cometas o aerolitos gigantes que removieron profundamente tierras y aguas; transcurrieron catástrofes sísmicas que cambiaron la faz terrestre?

Los sacerdotes de Sais que evocaban las grandezas de la Atlántida, los Amautas viejísimos que supieron los secretos del Tiwanaku legendario fueron apenas memorialistas recentísimos que se refirieron a períodos próximos de la última edad de la Tierra.

Del pasado pre-geológico nada sabemos. Ni de las épocas en las cuales el hombre nadaba como los peces bajo el agua, volaba por los aires como los pájaros sin ayudas mecánicas, o se trasladaba velocísimo de un punto a otro. Y sin embargo existieron...

Del hombre actual a quien se calcula uno o dos millones de años, al hombre desvanecido en el tiempo —eones detrás de otros eones— hay muchísima distancia.

Ya no se puede saber, presentir apenas. Porque el Tiempo voraz devorador lo absorbe todo, lo desintegra, lo reduce a polvo o a gota de agua para dar paso a nuevas realidades.

Y sin embargo existió esa sucesión de imperios y culturas fulgurantes, tan lejanos que perdieron el nombre. El hombre telúrico del inmediato pasado ¿fué sucedáneo del hombre llameante, del hombre líquido, del hombre aéreo que lo antecedieron en el tiempo?

Esas remotas lejanías, esos recuerdos imperecederos, esas vagas reminiscencias, esas. Telegrafías misteriosas que nos llegan de existencias anteriores son pálidos indicios de civilizaciones sepultadas para siempre en el vientre telúrico y en la cavidad inmensurable de los océanos.

Ni el arqueólogo, ni el buceador, ni el paleontólogo alcanzan esa luz de estrellas muertas ya desvanecidas para el ojo y la mente humanas.

Piensa en algo más allá, más allá, y todavía más allá... Siempre hay un indicio que aparentando imaginativo trasciende a verdades ocultas y desaparecidas.

Somos tan viejos, tan viejos, tan antiguos, tan antiguos que carecemos de la capacidad para dimensionar el paso de la planta humana por la Tierra. Aun somos lactantes en punto a conocimiento del hombre y su existencia.

Hay días placenteros en los cuales todo se nos aparece noble, sano, agradable, positivo. Plenitud de vida y de ánimo — diría el poeta.

Fueron aventadas penas y preocupaciones. Olvidamos los defectos, sólo pensamos en las virtudes de quienes nos rodean.

Es como si la sangre circulara mejor por nuestras venas. Como sí una suave brisa de felicidad trascendiera del exterior hacia lo íntimo; y a la inversa. Todo se presenta y se eslabona dócilmente.

Beatitud que desciende del Señor y también prodigio que brota de la propia interioridad.

No puedes expresarlo con palabras: es el sentimiento de que tu vida no en fué en vano, el presentimiento que tu obra quedará, la conciencia de que muchísimos te aman aunque no falten los pocos desafectos.

Tantos días en sombra transcurrieron y ahora un sol benévolo dora tus horas.

Estos días hermosos de plenitud y de sentido no son frecuentes. Ni podrían serlo. Es necesario luchar cotidianamente con los males y la adversidad para alcanzar esos remansos de tiempo dichoso.

Ajuste perfectísimo entre el deseo y lo alcanzado.

Una vaga sensación de cielo sobre la tierra umbría. Ya nada puedes pedir. Es como si todo te hubiera sido concedido. Una plegaría de reconocimiento brota de tus labios: conociste tanto, recibiste cuánto... Plenitud, encantamiento.

Tomás Lingeford era un hombre feliz. Joven, sano, fuerte, animoso, lleno de iniciativas para el trabajo a los 32 años ocupaba uno de los altos cargos de la Banca Industrial Copex. Tenía casa propia con extenso jardín, una mujer encantadora y tres niños que lo adoraban.

Nada era más grato para el banquero que regresar del trabajo a las doce y a las seis. El chofer del Banco lo dejaba en la verja de la casa y el feliz mortal tenía que recorrer la mitad del camino desde la entrada hasta la mansión; la otra mitad la recorrían la mujer y los tres niños lanzando gritos de alborozo. Un rey no sería mejor acogido después de una guerra triunfal. Llegar a su hogar y abrazarse con los suyos era pues el mejor regalo de la vida al joven banquero.

Esa mañana de sol esplendoroso Tomás Lingeford abrió pausadamente la verja y comenzó a caminar hacia la casa, mientras en sentido opuesto la mujer y los niños salían a su encuentro; ya estaban próximos, los separaban apenas unos quince metros y de pronto la figura del banquero desapareció sin dejar rastro de sí.

Los cuatro familiares se miraron estupefactos y rompieron en llanto: ¿quien se había llevado al amado papá?

Jamás tuvo explicación el extraño caso. ¿Lo habían arrebatado poderes invisibles, habíase tornado invisible, entrado en otra dimensión, como podía disolverse en el aire y desaparecer para siempre un ser humano próximo y tangible?

Nadie lo supo ni podría saberlo. Porque la desaparición de Tomás Lingeford quedó tan hermética e incomprensible como la noche que se hace presente en pleno día.

Mi nieta agresiva y arrogante ha preguntado:

— ¿Cómo puedes ser cristiano y siempre estás hablando de las antiguas teogonías, de los dioses paganos, de los mitos de otras religiones?

Le he respondido:

— El creyente que es también hombre de razón cree en los dogmas de la Iglesia Católica, en un solo Dios omnipotente, omnividente, incomprensible del que todo nace y al que todo vuelve. Pero el soñador que es también hombre de sensibilidad desplegada piensa en las deidades, los héroes y los mitos que imaginaron las civilizaciones pasadas.

—¿Se puede ser al mismo tiempo cristiano y pagano?

— No. El cristiano, hombre de fe, cree solamente en lo que manda su religión, pero puede imaginar y comprender las verdades ocultas de otras creencias. El buen católico se arraiga en los mandamientos y consignas del Evangelio, mas al mismo tiempo le es lícito aproximarse al misterio de las revelaciones ancestrales. No que crea en ellas pero si en su poder magnético sobre las inteligencias. En un sentido estético, de pura construcción mental cristianismo y paganismo coexisten.

— ¿Por qué hablas tanto en tus libros del culto a la Tierra?

— Porque somos católicos por el espíritu, teluristas por el cuerpo. No creemos en reencarnaciones ni en nirvanas pero intuimos que existen otras verdades distintas a la nuestra.

— ¿Eres pues cristiano de sentimiento, pluricomprendivo por la imaginación?

— Exactamente: creo y sueño...

Cuando Ella entraba al cuarto todo se encendía como a la visita de una lumbre misteriosa. Cuando Ella salía del cuarto se opacaba todo como a la llegada de una luz mortecina.

¿Qué poder confirió Dios a la mujer para encantar al hombre y hacer su vida dichosa?

Presencia de la Muy Amada con nada comparable. Ausencia que acrecienta su recuerdo. Cuanto más piensas menos entiendes por qué se te concedió la gracia de su compañía.

¿La más hermosa, la más buena, la más atractiva? Eso y mucho más: el regalo siempre nuevo de su figura maravillosa, de su rostro indecible, del mirar profundo y ternísimo de sus ojos oscuros, la fina música de su voz.

Esa sensibilidad siempre despierta. Esa inteligencia sagaz siempre. Amante, amiga, consejera, musa y genio protector todo en uno.

La tuviste. La perdiste. La reencontraste. La amaste en muchas vidas anteriores, volverás tenerla en otros tiempos que aun no han sido.

La Siempre Novia es su mejor elogio, promesa permanente de felicidad.

¿Que estás solo? No es verdad: Ella te habita, más viva que en la vida verdadera. Y vendrá a recogerte en la hora final porque ese es el destino del amador de María. Jamás te cansarás de exaltar sus virtudes y su encanto. Porque Ella, la indescriptible, es sol de amanecer y luna en movimiento.

No está dilucidado si Platón recibió de los sacerdotes, de Sais por medio de Solón la revelación de la Atlántida o si su genio todopoderoso inventó el mito de su existencia como un símbolo del poder re-creativo de la memoria humana.

En todo caso por confidencia humana o por fenómeno anamnésico el griego genial revivió la epopeya del continente que sorbieron las aguas.

¿Podríamos aproximarnos al enigma de Tiwanaku por lo que refieren los antiguos o por la simple transmutación simbólica en el Monolito y en las piedras inmemoriales?

No sólo por la memoria y el oído receptivo, sino también por la meditación visual el estudioso y el soñador pueden reconstituir el pasado legendario de esa cultura muchas veces milenaria, que acaso no fué una sino una superposición de culturas al cabo inicial de las cuales surge un portento mítico tan sugestivo como el que se narra en el "Timeo" y en el "Critias.

Has soñado, has re-vivido —imaginación o memoria retrospectiva— la existencia de esa antiquísima civilización. Tiwanaku es para ti evocación creadora, enérgica incitación al descubrimiento, mensaje trascendido de iluminación rememorativa.

El enigma de las piedras andinas ¿quedará intacto como el mito de la Atlántida o será algún día revelado por un genio indagador? Dígalo "Tiwanaku, Capital del Misterio."

Obedeciendo a un impulso inescrutable, en combinación con fuerzas cósmicas y mediante artes mágicas remotísimas Gaspar pidió ser transportado a un planeta de otra galaxia.

Fué satisfecho. ¿Qué vió, qué escuchó, qué asimiló, qué podría transmitirnos? Nada, absolutamente nada porque Gaspar nunca regresó para contar su aventura prodigiosa.

El hombre es intrínsecamente malo. Lo redimen religión, moral, filosofía, la propia conciencia pero si nos descuidamos aparecen los colmillos y las garras de la bestia original. ¡Cuidado! No dejemos que el ser de instintos predomine sobre la persona de razón: es tan fácil que el arrebato se imponga sobre el ánimo de reflexión. Somos, pues, los guardianes de nosotros mismos.

Dichoso el despreocupado que transcurre tranquilo sin importarle lo que pasa ni menos lo que puede suceder. Infortunado aquel que vive inquieto por los acontecimientos y por lo que podría acontecer a los seres amados cuando se alejan de la casa. Dos estilos de vida diferentes. ¿Cuál elegirías?

¿Quién no es supersticioso? El pánico original, los temores y las dudas, las costumbres, los dichos populares nos asedian. Aun el mejor creyente en Dios no puede sustraerse a los anillos punzantes de las supersticiones, herencia de las generaciones que avanzaron de tumbo en tumbo por la maraña de los usos y sentencias cotidianos.

El hombre: nunca suficientemente explorado ni menos entendido.

... corría sola, acompañada al mismo tiempo, porque ella sabía que millones de almas-estrellas aunque separadas por distancias inmensas unas de otras realizaban la misma fuga vertiginosa hacia metas desconocidas. ¿Era un castigo, era un premio? Sentíase amarrada a esa velocidad tremenda que la transportaba por el infinito espacio. Veía, a lo lejos, hermosas constelaciones que llamaban con su fulgurante geometría. Y un manar de soles que iluminaban la noche oscura para alejarse después en procesión rutilante. Y extrañas presencias aéreas que no registran los telescopios porque la distancia, las refracciones de la luz, y otros fenómenos ultrafísicos reducen y descomponen la visión humana. Preguntábase: "¿por qué, por qué, hacia dónde soy llevada como si hubiera perdido la voluntad?" No podía dilucidar si era un ser humano, un astro fugitivo, una fuerza desconocida que la impelía por el infinito cielo, una conciencia cósmica o simplemente el juguete de un sueño. No podía. Y la carrera desatinada proseguía, proseguía dándole una extraña sensación no de dolor, no de alegría sino de curiosidad insatisfecha. Adivinaba el temblor de las galaxias porque estaba dotada de un poder inescrutable que devoraba las distancias y aproximaba sistemas solares, constelaciones, vías lácteas, racimos de estrellas, tumultuosos enjambres estelares, qué sabía ella cuantas cosas más... De pronto, allá a lo lejos una llamarada súbita: una estrella se despedazaba y fragmentada en mil trozos dispersos desaparecía para siempre del desfile lumínico. Pasó volando sobre unos agujeros negros que como imanes monstruosos lo atraían todo hacia sí. Percibió cómo otras estrellas- almas desaparecían tragadas por la pavorosa negritud. De vez en cuando la distraían unas como praderas de luces verdes que se diría inmunes a la fuga estelar. Pensaba cuán diminuta y frágil había sido antes de convertirse en esta materia compacta y fuerte que rodaba por los espacios ¿sin finalidad, en una misión ignorada? Quien podría decirlo. Porque ella se sabía espíritu y materia a un tiempo mismo, colgada del manto sideral como un broche luminoso siempre en fuga acelerada hacia destinos irrevelados. ¿Qué podía significar la transmigración de las almas frente a esta ebullición de estrellas en gigantesco deslizarse hacia la nada? Si, porque la nada aguardaba a estas miríadas de globos aéreos en carrera desalada hacia un horizonte que jamás se alcanzaba. Corría, corría sin brújula, sin freno. ¿Era la velocidad el castigo de los ansiosos o más bien la recompensa de los pacientes? Seguía reflexionando como una menta humana aunque entremezclando sus divagaciones con nuevas dimensiones de tiempo y lugar. Corría, corría ¿hacia dónde y para qué? La idea de Dios se desvanecía en tan espantosa inmensidad. Era sólo una última partícula perdida en la vastedad cósmica. Nadie, nada y sin embargo a veces se sentía una fuerza motora que aun dentro del enjambre estrellado mantenía su gobierno y autonomía. No, no se trataba de una carrera

desordenada hacia el infinito sino de un proceso regulado de avance e integración donde cada alma-estrella cumplía una finalidad determinada impelida por una sabiduría sideral superior a toda concepción humana. Entonces la idea de Dios retornaba al ser pensante. Cruzaba rauda por el espacio perseguida y persiguiendo al mismo tiempo ¿qué, cómo? No hay mayor portento ultrametafísico que la fuga de las estrellas y la complejidad de las galaxias. Corría sola, acompañada al mismo tiempo...

¿Por qué será tan complicada, tan sucia, tan llena de vericuetos y sorpresas la política? En teoría el deber, en la práctica una mugre.

El primer político del país por la jerarquía de sus cargos —era Presidente de la República y Jefe del partido gobernante a la vez— sino por su habilidad para manejar a los hombres y resolver los problemas, era una persona enigmática imposible de captar porque cerrada a la confidencia se escurría a toda definición.

"No tengo amigos en el gobierno —solía decir— sólo colaboradores" y los cambiaba a voluntad. De pronto un ministro que se creía invulnerable era sustituido sin explicación alguna. Un funcionario de segunda o tercera fila ascendía bruscamente a cargos de alta importancia. Peor sucedía con las situaciones dentro del partido: manejaba a líderes y ambiciosos como a títeres. El muy encumbrado siempre estaba expuesto a ser despedido, el hombre secundario cualquier día era ascendido.

Fruto de una revolución popular que lo cambió todo el dictador después de 8 años se hizo elegir por elecciones dirigidas: pasó a ser Presidente constitucional y esto aumentó su poder.

No tenía consejeros privados, sólo técnicos que asesoraban en los ministerios. Hombre de pocas palabras frío, seco, adusto gobernaba a su solo capricho sin que nadie se atreviera a enfrentarlo. "Carece de sentimientos" — comentó un áulico. Y en verdad daba la sensación de no importar le las personas, sólo la maniobra política y sus resultados.

No era cruel ni vengativo, evitaba las violencias, pero se desquitaba sutilmente de los que no respondían a sus deseos rebajándolos de categoría administrativa o partidista sin dar razones. Obraba simplemente.

Honrado por naturaleza despreciaba el dinero y a quienes lo perseguían por medios ilícitos. Castigaba la inmoralidad lo mismo que la incapacidad funcionaria. Nadie conocía sus planes gubernativos. Mandaba sin influencias a su sola voluntad. Nadie podía jactarse de conocerlo a fondo porque su fondo íntimo era insondable.

Imitarlo resultaba imposible pues su personalidad y sus métodos de acción resultaban inaccesibles a los demás.

Descontando el caso excepcional del Jefe, la política se desenvolvía como en todas partes: inesperada, cambiante, teñida de errores y cálculos fallidos. Subían los oportunistas, los audaces, los intrigantes, los adulones, los seres sin escrúpulos. Los honestos de ética y de acción se frustraban rápidamente. Excepción hecha de algunos ciudadanos probos la política se entendía como bribonería y arte del disimulo.

¡Qué difícil es manejar hombres, tendencias, problemas hallar las soluciones! Unos pocos sirven esforzadamente al bien de la Patria; la mayoría se limita a usufructuar del poder. Para los menos el servicio desinteresado a la Nación; para los más el arte de ganar el dinero fácil a cualquier precio.

Sólo el Jefe sabía la ciencia de mantenerse erguido. El resto de los ciudadanos colaboradores, opositores o independientes naufragaban tarde o temprano en la balumba política que destruye a los buenos y enriquece a los pícaros.

¿Quién era o quien es PHANTY-ARU? Circulan variadas teorías. Pudo ser un mito, un personaje de leyenda, un numen telúrico, un símbolo de sabiduría ancestral. O ser un amauta redivivo de la época imperial encarnado en un soñador actual. Quizás una pura creación poética. ¿Un ente histórico, un ser irreal?

Sus hermanos se nombran: Mateo Montemayor, Martín Lucero, el Anciano de la Túnica Verde, el Maestro del Ande, Huyustus, el Monje Azul, Felimín, el atlante, Ollanta, Orficus, el Hombre que perseguía el secreto Diamante Negro, Phantasus, Sariri, Leonardo, Imantata, y otros que escapan a la memoria.

Sus Mensajes Ético-líricos no deben ser tomados a la ligera. Responden a una pedagogía intemporal, a una música del corazón imperecedera. Vienen del pueblo, van al pueblo. Atañen lo mismo al poderoso que al humilde. ¿Dictados por la Divinidad o solamente de fabricación humana? Sus orígenes y su constitucional estructura no están bien dilucidados.

Estrella errante en el cielo de las realidades y las invenciones imaginativas, habla para los tiempos. Dirigida a los Bolivianos puede proyectarse a otras tierras y otras gentes.

Una prédica de verdad. Un sueño de esperanza.

PHANTY-ARU, habitante de las montañas de los Andes, descenderá un día a las playas lejanas que le pertenecieron. Entonces el telurismo andino devendrá acuático y aéreo para desembocar alfabeto ígneo cargado de humanidad y de sentido.

Nadie lo ha visto pero todos pueden escucharlo. Verbo perenne.

Fermín estaba malhumorado. Cuando la esposa le objetó que era el 6 de enero, día de los Reyes Magos y que recién al día siguiente 7 guardaría el Nacimiento, el Arbolito y las figuritas de estuco, montó en cólera:

— ¡Qué Reyes Magos ni qué ocho cuartos! — vociferó. He dicho que todo se recoja de inmediato y así se hará.

La esposa y los tres niños con lágrimas en los ojos vieron cómo el Niño Dios, José y María, el establo, el arbolito desarmable con sus velas, globos de colores, las figurillas de animales y por último los tres Reyes Magos entraban en las cajas de cartón. No los verían hasta la próxima Navidad.

Fermín se fué de parranda con sus amigotes como todos los sábados por la noche. El nunca se embriagaba, tenía la cabeza muy fuerte para los tragos. Se entusiasmaba se achispaba pero conservaba perfecto dominio de sus palabras y sus actos. Solía contar historietas graciosas a veces subidas de color y le agradaba recibir la admiración de sus amigos.

A las cuatro de la mañana se despedía de la alegre reunión y regresaba solo a su casa, en perfecto dominio de sus facultades físicas e intelectuales. ¿Por qué se emborrachaban los otros? Es tan sencillo beber con moderación y mantenerse sobrio. Mañana domingo dormiría toda la mañana y por la tarde llevaría a la esposa y a los niños al zoológico. Programa hecho. Tenía bien aleccionada a la familia, respetarían su sueño y antes de dormirse se regocijaría recordando el chismorreo y los dices de los amigos. Cosa hecha.

Fermín recorrió las cuatro cuadras que lo separaban de su casa con paso seguro y equilibrado. La luna llena alumbraba claramente la escena, las calles vacías y las casas que parecían dormir como sus dueños.

Llevaba ya la mano al bolsillo trasero del pantalón para sacar su llavero cuando de pronto se estremeció de espantó: entre la verja del jardín y los veinte metros que la separaban de su casa tres figuras coronadas luciendo suntuosos ropajes y montadas en sendos camellos custodiaban la mansión.

Se frotó los ojos. No, no soñaba, tampoco era efecto del alcohol que jamás había alterado sus sentidos. Pero ahí estaban las tres figuras y los tres animales erguidos, silenciosos, moviéndose lentamente como centinelas impasibles.

Fermín se pellizcó los brazos hasta sentir dolor. Nada cambiaba: jinetes y camellos proseguían su guarda silenciosa.

Hizo ademán de entrar pero los camellos lo miraron con enojo y emitieron un bronco sonido. Los personajes montados no se dignaron mirarlo mas estaba claro que no lo dejarían pasar.

— Los tres Reyes Magos — pensó asustado.

Y permaneció de pie frente a la verja de su casa helándose de frío hasta que los primeros rayos del sol naciente se llevaron reyes y camellos.

Los años siguientes Fermín respetó escrupulosamente el 6 de enero la fiesta de los Tres Soberanos de Oriente que siguiendo la estrella prodigiosa hallaron la ruta que los condujo al Pesebre de Belén.

Goethe llamó poesía y verdad a sus memorias. El Soñador estampa “verdad y fantasía” que no son precisamente memorias sino pensamientos volanderos, recuerdos, invenciones, fragmentos dispersos que la vida y la imaginación tejen con ritmo impreciso.

Diríase un lienzo pictórico caprichoso hecho más de manchas de color —al modo impresionista— que el perfilado clásico de formas rotundas y acabadas.

¿Comprenderá la mayoría de los lectores esta dúplice técnica expresiva que combina lo sucedido con lo imaginado? No importa que no lo comprendan: la obra de arte se modela por sí misma. Y como afirma Keats: es para siempre.

Piensas haber creado un nuevo género literario. Pero también podría ser que sólo se trata de una superposición de dos modos de reproducir el fenómeno vida-pensamiento.

La novedad reside en el estilo, la manera de decir las cosas. Hacer del fragmento algo vivo, un mundo breve, vibrante, que se da y escapa después rápidamente reemplazado por otro trozo real o irreal ansioso de exhibir su impronta emotiva.

Verdad y fantasía: la doble trayectoria de la mente.

Probablemente no llegará a todos. Basta, empero, que un corazón sensible de mujer o la rápida intuición de un varón sientan el juego táctil de sus palabras para que te sientas recompensado. Nunca la escritura es en vano.

El crítico envidioso, ignorantón, de mala fe —digamos mas bien el criticastro— por consigna ignora a los grandes y trata de exaltar a los mediocres.

No recuerdo qué escritor, famoso estampó esta frase: "en el fondo de un critico hay siempre un resentido." Esto se aplica perfectamente a Bolivia donde existen pocos críticos de vocación, probos y veraces, y muchos criticones agriados porque no pudieron llegar a las alturas del criticado.

Verdad que a veces la obra enjuiciada —o silenciada— excede a la cultura y a la capacidad del juzgador. Muchos silencios deliberados emboscan la falta de conocimientos y de aptitud en el juzgador. Pero en otros casos, aun hallándose éste plenamente dotado para emitir opinión prefiere callar porque el árbol ajeno le hace sombra.

Un largo silencio encubre un profundo resentimiento.

No es el mayor adversario el crítico que censura y ataca un libro, sino aquel que enmudece obstinadamente y a cada nueva obra del autor opone un sistemático silencio.

Podría decirse tanto de la difícil relación entre juzgado y juzgador...

La virtud de generosidad es rara entre los críticos que casi siempre relievan los defectos y olvidan las excelencias del libro comentado. ¡Es tan difícil reconocer el mérito ajeno!

Críticos: muchos enfermizos, pocos sanos. Haz tu camino al margen de lisonjas y dicerios. Y vacíos.

Dos experiencias.

La primera ocurrió en el microbús. Un día lluvioso en el cual las gentes arracimaban sobrepasando el número de pasajeros habitual: sentadas 24 personas, de pie y apretujadas unas en otras 17.

En un brusco vaivén del vehículo el hombre se sintió empujado violentamente contra la grupa de la mujer que tenía delante. "Perdón" —dijo presuroso— me han empujado. La mujer no respondió como comprendiendo el caso, mas nada hizo para separarse cosa que tampoco habría podido porque los pasajeros de pie permanecían estrechamente unidos. Entre sus dos rodillas sintió el muslo duro y enervante de la dama que daba la sensación de no ser una jovencita sino una mujer en plenitud de cuerpo soberbio. Como tenía un brazo colgado de la correa de sostén del microbús, de la axila apenas cubierta por la seda del vestido veraniego se escapaba ese olor combinado de mujer y de perfume que excita a los varones. Creyó poder ser audaz y suavemente introdujo la pierna izquierda hasta sentir el contacto de ambos muslos de la mujer. Ella nada hizo para rechazar el contacto. A poco inició un sutil frotamiento que fué respondido con la presión de la grupa femenina contra su miembro viril. Con delicadeza colocó sus manos en las caderas de la dama. El frotamiento se hacía recíproco en un contacto delirante de los cuerpos enardecidos de erotismo. ¡Qué ardiente exploración de las piernas entrelazadas, pecho y espalda apretujados! Habría podido besar la nuca de la mujer pero no se atrevió. En un arrebatado de locura carnal se apretó atrevidamente contra la pierna derecha de la incitante y de pronto sintió que los muslos de ella se comprimían ardorosos contra su pierna izquierda. El frotamiento se hizo más intenso, imperceptible para los demás pues el vehículo llevaba las luces interiores apagadas. Dos, tres presiones más que lo transportaron al delirio del sexo; luego una presión desesperada de la mujer que súbitamente aflojó el anillo de sus muslos y se apoyó desmayadamente en el hombre. Ambos habían llegado al éxtasis final.

No pudo verle la cara porque tres cuerdas después la dama descendía del microbús y se alejaba moviendo el cuerpo soberbio con ritmo sereno y majestuoso.

La segunda experiencia ocurrió en un banquete diplomático. El consejero de embajada, se hallaba ubicado entre una dama parca de hablar y un personaje de color que pronunciaba muy mal el inglés de modo que apenas cambiaba frases de cortesía con ambos.

De pronto alzó la cabeza y frente a él contempló el rostro prodigioso de una joven; sí, prodigioso, porque era la cara de la mujer ideal que siempre había soñado encontrar. La mesa era ancha no podía hablarle, además la etiqueta protocolar habría impedido dirigirse a una

desconocida. ¿Para qué describir ese rostro maravilloso? Recordó el verso del barda mexicano "todo en ella encantaba, todo en ella atraía." Aun no había reparado en el hombre que la contemplaba ansioso de recoger una mirada de la bella. Pero si era ella, ella, la mujer mil veces soñada en sueños y despierta, la cara de siempre novia, la única que podía terminar con su celibato. La cabellera negra lucía una diadema y los ojos verdes vagaban tímidamente sobre la regia mesa del banquete y los rostros y figuras de los circunstantes. De pronto sorprendió la mirada fija, apremiante del hombre, se azoró y desvió los ojos para evadir la presión visual del consejero. ¿La habría molestado con su mirar impertinente? El siguió buscando la mirada de la dama pero ella rehuía verlo. Siguió acechando el instante de volver al choque visual y el se produjo de un largo espacio de tiempo. Esta vez la joven lo miró entre sorprendida y confusa. ¿Cómo decirle que la adoraba? Ella desvió otra vez la vista pero con ligeras intermitencias sus miradas volvían a encontrarse: él siempre ansioso, sin poder esconder la excitación que lo trastornaba; ella tímida, pudorosa con su mirar de gacela asustadiza. ¡Dios santo! Si no era una mujer, era una diosa... Tenía que conocerla, amarla y desposarla pues era la mujer de su vida, la que el destino le tenía reservada. El cambio de miradas se volvió más frecuente, le pareció que los ojos verdes lo contemplaban primero con curiosidad, luego, con simpatía. ¿Habría comprendido que lo tenía hechizado? Si, ella presentía la presencia dardeante de su amor puro noble, despojado de toda avidez erótica porque nada le pedía sino únicamente que se dejase contemplar y aceptara su fervoroso rendimiento. Ahora el mirar de la bella fugitiva iba acompañado por un esbozo de sonrisa que hacía más tierna y atrayente la cara juvenil. ¿Quien era? casada o soltera, podría conocerla al terminar el banquete? La batalla visual se desenvolvía sólo para ambos, nadie reparó en ella. Finalmente los ojos verdes se posaron con un fulgor naciente en el rostro del hombre, el cual comprendió que la muchacha correspondía a su amoroso requerimiento. De pronto un lacayo de uniforme dorado se acercó a la joven y murmuró algo en voz baja que sólo ella pudo oír.

La desconocida se alzó y antes de alejarse erguida, esbelta dirigió la postrera mirada de los ojos verdes al silencioso admirador que nunca más volvió a verla.

No reírse de los profetas, los adivinadores del futuro, de los quirománticos; pero tampoco tomarlos muy en serio. Tanto o más ingeniosos son los que pretenden interpretar sus anuncios y profecías. Nostradamus, por ejemplo, uno de los más célebres escrutadores de lo que vendrá ha sido tan trajinado y manoseado por los pretensos descifradores de profecías que al cabo no sabe que es verdad y qué incierto en sus escritos. Que ciertas almas pueden indagar por los tiempos que aun no han parece evidente; pero de ahí a relacionar sus visiones con precisión de relojería a sucesos venideros hay mucha distancia. Se cree haber debelado con precisión cronométrica las claves numéricas que se esconden en las medidas de las Pirámides Egipcias. ¿Es que nuestros conceptos de tiempo, espacio, lugar y movimiento se ajustan a nociones similares de los antiguos? Del Hombre de Patmos a Swedenborg hay largo trecho. Dar crédito a ciertas versiones oníricas, bien; pero no convertirlas en señales exactas de algo que no llega a ciencia porque es pura revelación. Buscad más al poeta que al sabio en la legión de los auscultadores del porvenir.

¿Existen cielo, infierno, purgatorio? En el más allá talvez en el mundo que habitamos no. Entonces no conoces la vida ni sufriste los embates del destino. Seráfico, diabólico, transición penosa entre dolor y alegría nos visitan o al menos nos acechan cada día. Pregunta a los grandes gozadores, a los intunados, a los habitantes del mundo gris de las dudas; todos te responderán, si son clarividentes, que cielo, infierno y purgatorio se entrelazan con el acaecer diario porque están inscritos en la naturaleza humana y son a manera de presagios de cuanto puede suceder.

Más sobre Tiwanaku. El esoterismo andino apenas ha revelado poquísimos de sus enigmas. Lo muy mayor y numeroso duerme todavía bajo tierra.

No en los textos ocultísticos ni en las tradiciones de los antiguos están las claves para abrir las puertas del pasado legendario.

Son la piedra, la montaña el monolito quienes abren camino a la verdad inmemorial.

¿Quiénes fueron esos hombres de piel azulada que habitaron MU, la Gondwana, la Lemuria y la Atlántida lejanas? Se ignora sus orígenes, sus características raciales, sus poderes mentales.

Interrogad al Monolito, escrutad los mensajes crípticos y el sentido oculto de los siglos y los glifos que discurren por la espalda secular.

Las mentes cerradas al pasado legendario y simbólico no verán nada. Los cerebros abiertos las incitaciones de la naturaleza se acercarán al misterio de los ciclos cosmogónicos que fueron muchos, como lo son las transformaciones del ser terrestre criatura siempre en evolución de la proeza somática.

Frente a la estatua del Dios-Sacerdote abre tu mente, sueña, medita, relaciona la marcha de los astros con el desplazamientos de los evos humanos. Tiwanaku custodia los arcanos del Tiempo Mítico que no fué único sino muchos.

Sol radiante, Luna hermética y esfíngida, encarnarán en el Monumento Lítico clave de sabidurías ancestrales.

Cuándo termine nuestra vida terrestre ¿nuestras almas serán reabsorbidas en el gran espíritu universal, seremos habitantes de otros astros, conservaremos el peso, la gravedad y las responsabilidades de la individualidad? ¿Habrán, ciertamente, reencarnaciones, ángeles y demonios? ¿O como pensaba Heráclito nos aguardan estados y sucesos que no podemos imaginar?

El Más Allá... donde se ofuscaron las cabezas mejor equilibradas. Ni el santo, ni el sabio, ni el pensador ni el poeta pueden asegurar que alcanzaron las últimas verdades. La magnífica alegoría del Dante puede ser verdad como puede no serlo. Ignoramos lo que Dios o el Destino nos tienen reservado.

El misterio que nos aguarda al otro lado de la Vida es justamente lo más alto que podemos pensar.

Algo musita que seremos prolongados en otra forma de existencia. Algo murmura que nos espera el vacío.

Vida eterna —ofreció el Cristo. Otras religiones hablan de metempsicosis y transformaciones inimaginables. Y la hay que pregonan el aniquilamiento en el nirvana absoluto.

¿Dejaremos de ser, continuaremos siendo? He aquí la gran pregunta.

Pero el ser humano tiende hacia lo alto. Nadie o muy pocos creen en una absorción hacia abajo.

Nuestras almas son inmortales. No afligirse por lo que les aguarda. La espada del Arcángel abrirá el camino hacia las nuevas moradas de otros mundos.

Las mayores penas —sobre todo las de orden moral— no son para descritas. Un pudor íntimo, el decoro debido al mundo afectivo que nos rodea, una voz interior mandan: padece tú solo, absorbe silenciosamente tus quebrantos sin compartirlos con los demás.

Inspiran lástima esos masoquistas que so pretexto de desnudar sus almas cuentan grandes horrores y lastimosas experiencias. El alma sólo debe desnudarse ante Dios.

Así como ante los misterios del mundo y de la vida hay límites infranqueables, en la intimidad individual existen vallas que únicamente pueden franquearse con el Maestro Interior.

Desecha esa literatura confesional que no se detiene ante lo horrendo y detestable: muchas veces esconde una vanidad irremediable, la de querer ser admirados por el mal y las desgracias lacerantes.

Memorias, diarios, confidencias, sí; pero sólo hasta cierto límite. Las hay que repugnan cuando dan la sensación de que el autor se revuelca en el cieno.

¡Cuántas cosas debemos callar y cuáles otras absorber calladamente!

El mejor memorialista es aquel que mide las dimensiones de su narrar: no todo se ha de decir ni todo es confesable. Hay un fondo de reserva, de inviolable intimidad que debe sepultarse en lo sagrado del corazón. Para los cínicos, impúdicos y desvergonzados que se refocilan en su propia caída, piadoso olvido.

Noche lunada. Estaba solo en el vasto parque con grandes espacios vacíos cuando vió aproximarse el platillo volante que despedía luces azules, rojas, verdes, amarillas, blancas, lilas. Era un enorme disco elevado en su centro que tendría unos cuarenta metros de diámetro. Paralizado de asombro el hombre no se atrevía a moverse.

De pronto pareció rajarse la parte baja del ovni y una columna rojiazul tomó contacto con el suelo a pocos pasos del único espectador de la escena. Sintió un llamado interior que decía: “ven, atrévete.” Dió unos pasos y se situó junto a la columna luminosa. Vaciló unos instantes y luego puso el pie en la ancha franja de color que lo invitaba a subir. Era una superficie plana pero él sentía como si sus pies avanzaran por escalones invisibles.

Mientras ascendía lentamente por la columna rojiazulada pensaba atemorizado qué seres extraños y qué cosas prodigiosas lo aguardaban en el interior del platillo volante. Su corazón latía apresurado.

Al cabo de la columna iluminada vióse en un inmenso espacio circular vacío. El interior del ovni no contenía seres vivos ni objetos extraños; sólo un cubo de vidrio, al centro, que, emitía fulgores de color y un suave zumbido. Parecía decir o sugerir muchas cosas y en realidad no mandaba nada. Entonces supo el hombre que los platillos volantes no están tripulados y que un vacío vertiginoso puebla su interior.

Las temporadas benignas o adversas se alternan como las estaciones. Unas llenas de bienandanzas, otras henchidas de malestar.

¿Qué Némesis inesperada persigue las vidas?

No puedes explicarlo: de pronto tú transcurrir sereno, bonancible se torna hosco todo contrariedades. ¿Pagas un precio por la dicha pasada o purgas extraños avatares de tiempos olvidados?

No dejarse vencer por el desaliento. Todo acaecer obedece a una razón visible o escondida. Así estaba escrito, así tiene que suceder.

Ayer las penas se compartían con la Bien Amada, ella mitigaba los quebrantos. Hoy sólo silencio y soledad. Tienes que soportar tu carga sin ayuda.

La melodía del vivir armonioso suena desgarrada por notas del dolorido sentir. Música y poesía se visten de velos grises. Nadie recoge tu queja.

— Aguanta decepciones y contrastes —dijo Huyustus— Dios o el Destino te están probando. El camino de la hombría está flanqueado de luces y de sombras.

Lo aceptas. Pero en la época crepuscular es más amargo el acíbar de los desengaños porque se aminoraron la alegría y el entusiasmo de la edad juvenil.

No lamentarse. Admitir estoicamente lo favorable y lo negativo. Prosigue tranquilo tu andadura. Un amanecer de estrellas aguarda al que supo resistir.

Pensamos sentimos con todo el cuerpo sólo que mente y corazón son los centros principales de mando y de expresión. Claro que el alma ordena y dirige pero sin la maquinaria somática no existiría el individuo. Dios nos infunde el espíritu, la naturaleza lo absorbe y los distribuye a través de todo el aparato físico. Cuerpo y alma pueden alcanzar límites inconcebibles si aprendemos a conocer y dominar sus móviles internos. El caduca y se descompone la fábrica biológica. Ella caduca al infinito espíritu universal, reencarna en otras vidas, o alcanza otras altas supremas transformaciones que no podemos imaginar. ¡Cuántas posibilidades, cuántas limitaciones en este mixto de alma y carne que llamamos una persona! Hombre sin espíritu es nada, hombres sin dominio de su cuerpo igual a cero. Y es maravilla que estos dos se combinen y conformen la osatura y la espiritualidad humanas.

Día espléndido. El cielo como más azul, el sol como más benéfico. Una leve brisa mueve el ramaje de los altos árboles. La grama del jardín luce un verde-esmeralda vivísimo. Las palomas se han posado en el techo vecino. Un tumulto de niños se dispersa por el parque. Blancas nubes bogan allá arriba. Se diría que hasta las piedras y las sombras tienen un sentido. Una quietud armoniosa invita al regocijo de los sentidos. Pero esa pena que te roe el alma es una espina punzante que suspende el esplendor del día. No hay dicha perfecta ni reposo completo para el varón crepuscular que ve hundirse sus sueños en el gran desencanto de lo que no puede ser...

—¿Estás preparado, no tendrás miedo, no te detendrán los mil obstáculos del camino? —preguntó el Maestro del Ande.

— Estoy preparado — contestó el Discípulo— nada temo, nada impedirá que cumpla mi propósito.

Y partió hacia el Monte lejano que lo llamaba desde una distancia llena de promesas.

No lo cansó la extensa caminata. Hambre y sed fueron satisfechos parcamente. El ansia de llegar tensaba elásticamente sus músculos. Su alma era una flecha que volaba rectamente a su, objetivo: trepar a su cima y descubrir el secreto del Monte de Cinabrio que lo llamaba desde la lejanía.

Al cabo de tres días de marcha durante los cuales sorteó pequeños obstáculos que lo hicieron sonreír llegó al pie de la montaña que parecía esperar su llegada.

Entonces comenzó la primera gran dificultad: el coloso era mucho más grande de cuanto había imaginado. ¿Cómo escalarlo? No serpeaban senderos por sus faldas y todo él se erguía en vertical soberanía que imposibilitaba el ascenso inicial. Tal vez por esta circunstancia mantenía fama de inaccesible.

El Discípulo no se arredró. Inició el ascenso agarrándose con pies y manos de la roca. Después de trepar una treintena de metros le dolían los pies y las palmas de sus manos sangraban. "No importa —se dijo— seguiré subiendo. Sobrepuso el anhelo espiritual al quebranto físico y al punto sintió que manos y pies se tornaban como garras precisas adhiriéndose a las asperezas del monte. Se le antojó que unas alas invisibles lo ayudaban en su escaladura.

Cuando se fatigaba sentábase a descansar en la empinada ladera del cerro. Lo invadía entonces una sensación de paz inefable: le parecía que una mujer de sagrada hermosura estaba a su lado. Sentíase fuerte osado, dichoso. Pero al reanudar el ascenso volvían las dificultades.

Cayeron chaparrones de lluvia y el bramido de los truenos y los venablos fulgurantes de los rayos iniciaban una danza diabólica. La zozobra entraba en su ánimo y con esfuerzos de coraje se sobreponía al miedo que le infundía la tormenta. Los instantes de quietud, de intensa felicidad alternaban con los momentos de riesgo y de temor. Tan pronto resbalaba próximo a despeñarse hacia el vacío, como se recuperaba y se veía nuevamente envuelto en una atmósfera de felicidad serena. Se diría que el ascenso del monte poseía la doble clave del remanso y del torrente.

Siguió trepando. Soslayó unas cavidades sombrías evadiendo su poder de atracción. Unos seres lamentables viejos, feos, disformes bajaban por la pina pendiente; otros seres jóvenes, bellos, animosos trepaban algo distantes como él entusiastas y empeñosos. Súbitamente se desvanecían esos seres extraños y sentíase otra vez solo en la terrible soledad del cerro.

Inmensa, poderosa, terrible era la montaña. Su cumbre aparecía muy distante, inaccesible. El Discípulo tenía que recurrir a todas sus reservas de energía, a toda su voluntad de vencer para proseguir el difícil ascenso.

Había filamentos de oro, de plata, de cinabrio dispersos en la vastedad del monte. Pero también, quebraduras inesperadas, cortes altaneros, filos agudos que obligaban a penosos rodeos para sortearlos y seguir subiendo. Su corazón pasaba por bruscos sobresaltos: a veces le parecía interminable el ascenso que nunca alcanzaría la cima; otras sentíase imbatible, capaz de las mayores hazañas. El sol brillaba a ratos amable acogedor; luego todo se oscurecía y debía avanzar casi a tientas. Pisaba el suelo vertical con firmeza, resbalaba, vacilaba pero luego se reponía y siempre una fuerza interior lo inducía a proseguir. Subía, subía, subía...

Después de mil peripecias, venciendo desfallecimientos y fatigas alcanzó la cima de la montaña. Sintióse orgulloso de vértigo su proeza. Venció el vértigo del vacío que rodeaba el monte. A lo lejos la ciudad yacía con sus edificios, sus avenidas, sus gentes, sus máquinas, sus ruidos. Aquí desde la cumbre, el escalador se supo victorioso y apenado a un tiempo: conseguida la gran meta ¿qué le, quedaba por emprender?

Se dibujó en el aire la figura del Maestro del Ande:

— Estarás satisfecho —dijo— has logrado tu propósito. El ascenso del Monte es como el Camino de la Vida: todo se eslabona en cadena sin fin. La voluntad corona el deseo. Fe, entusiasmo, persistencia lo pueden todo.

Y el Discípulo sintió que el Hombre Nuevo amanecía en su alma.

— Vargas Llosa quiere conocer la nueva literatura boliviana. Ha pedido una entrevista contigo.

— No quiero conocer a Vargas Llosa.

— ¿Pero por qué?

— No me gustan sus libros, menos me agradaría el hombre.

— Como Gide, Wells, Sartreoha renegado del comunismo. Ha evolucionado a una democracia reformista.

— Pero no ha renegado del escándalo, el populismo, la vulgaridad y el mal gusto de la época.

— Un contacto con el peruano te sería muy útil. Si le caes en gracia un artículo suyo te haría famoso.

— Sacrifico la fama a la sinceridad del corazón. Los del "boom" me son antipáticos.

— Vargas Llosa es ya un "capo" de las letras mundiales; ¿no sería interesante conocerlo aunque no te convenza?

— Un escritor se retrata en sus libros. Este peruano se me hizo desagradable desde "La Ciudad y los Perros." Todos sus libros posteriores me son igualmente desafectos.

— ¿Qué narradores modernos te agradan?

— Entre muchos: el francés Saint-Exupéry, el alemán Hesse, el griego Katzantzaki, el inglés Morgan, el norteamericana Wolfe.

— Vargas Llosa tiene más difusión mundial que cualquiera de ellos.

— También Corín Tellado supera en universalidad a cualquier narrador contemporáneo.
— No puedes comparar a Vargas Llosa con la Tellado, como no sería lícito comparar a D'Annunzio con la Invernizio.

— No hablamos de calidad literaria sino de renombre publicitario.

— ¿No habrá un poco de envidia en tu actitud?

— De ninguna manera: no sé lo que es la envidia., De los escritores latinoamericanos elijo a Borges, Asturias, Gallegos, Sábato, Mallea, José María Arguedas, Rulfo, Guimaraes Rosa, Icaza, Roa Bastos, Azuela, Spota y tantos más.

— ¿Qué es lo que más te disgusta en la narrativa contemporánea?

— La vulgaridad, la grosería, el lenguaje procalálico. .

— Pero esto no se puede reprochar a Vargas Llosa.

— En cierto modo sí, sobre todo en sus primeras novelas.

— Lamento que te hayas negado a conocerlo, habría sido una experiencia interesante.

— Prefiero mi retiro al modo antiguo: clásico, lineal, ético y estético a la vez.

— ¿Y cómo explicas el premio Nóbel a García Márquez?

— Locura de la época. El Nóbel a García Márquez es una irrisión. Yo aconsejaría a las mentes equilibradas apartarse de estas expresiones de la subliteratura contemporánea.

— Eres demasiado rígido intransigente.

— Con lo grotesco y el mal gusto, sí.

El mundo — por no remontarnos al universo —es mucho más vasto, complejo, diverso y misterioso de cuanto puede imaginar 'la mente humana. Parejamente la literatura encierra más enigmas, temas revelaciones, y enfoques que superan todo cuanto el alma puede concebir.

No digas que te falta la inspiración: el mundo del contorno y la intimidad espiritual son inagotables. Lo que sucede es que no todos profundizan la vida del instante ni se detienen a reparar en los infinitos motivos que llaman a la inspiración.

Todo es digno de ser expresado, aun lo mínimo y aparentemente insignificante. El escritor sueña, busca, y encuentra la materia de su acción. Nada puede limitar su poder fabulador.

Thomas Wolfe, por ejemplo, ha visto y descubierto cosas en la vida norteamericana que nadie vió con la hondura metafísica que él imprime a su prosa. Poe, Malville, Whitman fueron también maestros de originalidad pero nadie supera al autor de "Del Tiempo y del Río" en la facultad de inventar describiendo la infinita complejidad y belleza del vivir.

En los días grises cuando no encuentras tema para expresarlo por la escritura, descansa; ya volverá el poder sugeridor por si mismo.

— Tengo la sensación de haberlo dicho todo; ya nada tengo que expresar — dijo el Soñador pesaroso.

— Te equivocas —repuso el Anciano de la Túnica Verde— para el verdadero artista no hay fin ni agotamiento. Su pensar fluye como un río que sólo cesa con la muerte.

Se va el vaso griego para unos de alabastro para otros sólo cristal tallado, como se ha ido ya otros objetos bellos que encantaron el ambiente familiar. Sus personajes siguen vivos en la memoria: el guerrero amenazante, el filósofo de túnica plegadiza, la mujer sentada, otra caminando con suave ritmo, alguien más que se escapa a la descripción concisa. Y el todo en sepia sobre fondo negro. Al trasluz un fondo. No era un vaso griego auténtico sino una reproducción pero tan perfecta que daba la sensación de antigüedad.

De cuántas cosas más hermosas y comunicativas tendrás que desprenderte en este tiempo de apretada necesidad. No lamentarlo, mas bien agradecer al Señor que puso tales tesoros de arte en tu camino. Recibiste largos años los rayos de su encanto ¿para qué más? Habrías querido legarlos a hijos y nietos mas el Destino lo dispuso de otro modo. Dijérase que antes de la partida final ellos anticipan la fuga hacia mundos desconocidos donde acaso los reencontrarás...

Como cada ser amado cada objeto de la casa ocupa su lugar en el corazón y en la visión rememorativa. Fueron parte de tu existencia; seguirán habitantes de tu memoria, mensajeros de dicha, de poesía significativa.

Un Hada del Buen Hallazgo los puso en tu vida. Otra de la Partida Nostálgica los distancia hacia horizontes desconocidos que acaso un día y en mundo incógnito te los devolverá.

Ama lo que te fué donado. Cercano o distante es parte de ti mismo. Y si a Dios y a los seres humanos querrás más guarda la emoción renovada de las cosas que embellecieron tu existir en el cofre de tu corazón.

No has terminado aún tu libro 84 y ya estás pensando en el 85. Es que Satanás acecha y empuja en la ambición de crear. Claro que en la mente de recto pensar al final siempre se impone el Ángel del Buen Escribir, pero no sin lucha larga y tenaz con el Maligno que te tienta con ubicarte por encima de todos si le entregas tu alma.

¿Qué será, cómo nacerá el libro 85? Enigma sellado por ahora. Ignoras el tema, el protagonista, el género literario, la forma expresiva. Pero lo presientes aproximándose, con su doble aguijón de ansiedad e incertidumbre.

Quisieras que sea tu obra mayor; probablemente no pasará de un hijo más en la multitud de tus hijos ideales. Pero es tan hermoso soñar...

El Padre Anasagasti, profético y animoso ha dicho: "ninguna de sus obras literarias será olvidada, todas perdurarán". Hermoso augurio, consoladora esperanza. Haber cautivado a determinados lectores —pocos o muchos— es la mejor recompensa del obrero de la escritura.

Por errores de la imprenta me da muchas fatigas la impresión de MARIA MONTEVENO pero yo sé que las satisfacciones serán mayores.

Libro 85: ¿nacerá, quedará en proyecto? Decisión de lo Alta. Soñar con él ya es un amanecer de gloria en la pesadumbre de los días. El Señor dirá el veredicto final. Lo aguardo con serena expectativa. Siempre ocupado ¿no es el destino mejor? Escritor, criatura elegida póstrate reconocido ante el Todopoderoso.

Apareció en un lugar del océano no frecuentado por aviones ni por navíos. Surgió o cayó bruscamente sin que su nacimiento conmoviera mayormente el oleaje.

Era una isla tan vasta que no se la podía abarcar en extensión con la mirada. Tenía de todo: playas hermosas con cocoteros y palmeras, montañas en el horizonte, llanuras donde una ciudad victoriosa de altas torres, palacios, templos, con sus plazas, calles y avenidas, desenvuelto todo en grandes círculos concéntricos de manera que a la distancia se diría un solo redondeo triunfaban el verde, pequeños lagos, bosquecillos, árboles, muchos árboles, y al centro se alzaba desplegado en curvas iguales.

No había rastro de hombres ni de animales. Tampoco se movían vehículos en su accidentada superficie.

Por largos canales subcúeos transcurrían aguas fosforescentes guiadas por manos invisibles. Era un mundo extático como petrificado en sus antiguos movimientos. Nada que recordara los monumentos del pasado. Algo nuevo, extraño, desconocido.

Una música suavísima parecía desprenderse de las riberas de la isla cuyas cosas y accidentes sólo se daban en tres colores: verde, azul, violeta.

De lejos se vislumbraba una ciudad o un recinto amurallado de grandes y macizas construcciones. Debió ser un reino poderoso abandonado por causas misteriosas. Una ingeniería trascendental hacía del territorio un portento natural combinado con una rara forma de urbanismo inédito.

Contemplada desde la distancia fingía un paraje dilatado inmovilizado en el tiempo, pero un rumor singular como brotado del encuentro de la tierra con el mar dejaba adivinar ritmos ocultos que daban vida interior a la isla.

¡Si los hombres la hubiesen descubierto no habrían tardado en explorarla y explotar sus riquezas!

Estaba allí, serena y majestuosa, perfilándose en el esplendor de su fascinación dormida.

Se diría un suelo virgen que sin embargo sugería la presencia de arcanos olvidados...

Superaba todo lo imaginable. A veces se cortaba en planos transversales y otras se mecía en ondulaciones desiguales. Pero todo sucedía apenas insinuado porque en realidad el mundo de sus formas transcurría en un silencio de cristal.

Daba la doble sensación de un partir y una quietud inalterable.

Isla alguna podría superarla en novedad y en extrañezas. Llamaba y atemorizaba a la vez.

Y nadie supo nunca si se trataba de la porción de un continente sumergido o de la caída de un reino del espacio, porque nadie vió el tremendo espectáculo, que después de pocas horas el océano tragó o volvió a sepultar en su seno.

Yo la vislumbré en sueños y sé que un día pisaré su suelo con planta firme otra vez lemur, atlante o peregrina del mundo sideral.

Un pedrón disforme apareció cierto día en una planicie próxima a la montaña. El peón que lo descubrió narraba tembloroso:

— Despide unos rayos quemantes.

Y desde entonces la fama del prodigio lítico fué creciendo sin cesar. Había quienes sostenían haberlo visto aumentar y disminuir de volumen. Para otros curaba con sólo mirarlo o producía quebrantos indistintamente. Exhalaba unos olores penetrantes nunca desagradables. Al sol cambiaba de colores y matices. Bajo el influjo lunar despedía una música suavísima. Parecía querer hablar a al menos sugería preguntas y respuestas. Su sombra, cosa sagrada, se teñía de una luminosidad extraña. Quien cruzaba sin rendirle homenaje mudo de alma soportaba desdichas; al contrario el que le rendía homenaje veía colmados sus deseos.

Acreció en tal manera la fama del pedrón prestigioso que nadie se atrevía a aproximarse mucho a su bulto informe y menos a tocarlo.

Para los sencillos campesinos del lugar había caído del cielo, traía mensajes de otros mundos. Algunos pensaban que más bien había brotado del interior de la tierra.

Con el tiempo la mole fué bautizada como Kala-Nayra, "ojo de piedra" y los lugareños trazaron un cuadrilátero en su contorno que nadie debía traspasar porque sería herido por el demonio oculto en su interior, que para otros era mas bien un ser angélico.

Un día el rayo, durante la tormenta, trazó una especie de corona en la cima irregular del pedrón sin destruirlo y esto acreció su fama.

Cierta vez que un grupo de científicos quiso acercarse a la gran piedra para estudiar si se trataba de un meteorito, los campesinos acudieron con hondas y lanzas amenazando a quienes atravesaran el cuadrilátero protector. Tuvieron que retirarse sin haber logrado su propósito y el hecho acreció aun más el enigma del peñasco misterioso.

Dicen que desataba las lluvias durante las sequías y contenía las inundaciones no siempre pero en suficientes coincidencias para convencer a los más incrédulos.

Se acumularon en torno a su presencia leyendas y sucesos singulares. Era un "APU", un Señor del Paisaje asomado en pétrea escultura. La criatura de "ILLAPA", el rayo, marcada por su signo de fuego. "WAYRA", el viento, había transportado el enorme pedrusco de lejanías insospechadas. Decíase también que era la voz del suelo el oráculo de "JACHA-PACHA-MAMA la Gran Madre Tierra. Un gigante castigado por haberse rebelado contra los dioses telúricos. El Mensajero de lo Desconocido. Un fragmento estelar desprendido de un cometa. El fantasma de un Poderoso Señor Antiguo que osaba volver a señorear la comarca. Era el bloque pétreo informe que no llegó a ser esculpido en Monolito. Un dios benéfico, un dios maligno. Y tantas cosas más que tejía la imaginación popular.

Un día en que los comarcanos se habían trasladado varias leguas a la distancia para celebrar un festival agrario un geólogo con dos ayudantes vencieron el cuadrilátero protector, tocaron el pedrón, extrajeron un pedazo de su mole y al llegar a la falda del cerro próximo al lugar comprobaron, por analogías estratigráficas que sólo se trataba de un peñasco desprendido del monte que había rodado hasta el lugar en que se detuvo.

La fantasía del primer peón que la viera había encendido el poder imaginativo de los campesinos que fueron fabulando facultades y extraños sucesos en torno al solitario habitante lítico en el llano.

El geólogo dió su informe técnico a las autoridades pero subprefecto de la comarca, sabio conocedor de los hábitos ancestrales ordenó que se ocultara la profanación del científico y que los lugareños prosiguieran su culto a la gran piedra.

Otro peón advirtiendo el desgarrón causado por el cincel que sacó la muestra pétreo dijo a sus congéneres:

— Tiene una herida en la cabeza. Tenemos que desagraviarlo.

Y el “KALA-NAIRA” luce todavía en una región montañosa y apartada como el dios desconocido que rige el acontecer del villorrio comarcano.

Admiremos a los santos pero no intentemos imitarlos pues si todos lo fuesen el mundo no sería mundo sino un valle poblado de seres seráficos y éste no parece ser el destino que Dios adjudicó al planeta Tierra. Tender al Bien si, pero la grande mayoría de los humanos no puede aspirar a la santidad condición de elevada jerarquía sólo reservada a espíritus asombrosamente fuertes, pasmosamente dotados por la divinidad que los elige no para ejemplo sino para admiración de las débiles criaturas que somos. San Francisco de Asís: un sol de bondad y de belleza ¡pero qué distante dé nuestra diminuta condición moral!

El recuerdo que insiste en volver.

Sucedía en un suntuoso palacio rococó con su techo y sus muros de estucados atrayentes. Profusión de luces, mantelería impecable, rosas sagazmente distribuidas, las copas de cristal y la cuchillería relucían todavía intactas. La mesa del banquete tendría cuarenta metros de largo dos parejas en la cabecera y en el pie de mesa y a los flancos se enfrentaban cincuenta personas contra cincuenta personas.

Roberto Nilsson, secretario de embajada, buen mozo, soltero, de llamativa masculinidad, habituado a ganar la seducción de las damas se disputo a transcurrir una velada aburrida pues tenía a un lado a una señora ya madura que sólo hablaba alemán, idioma por él ignorado y al otro un señorón parco en el hablar que después se concentraría en las del menú. Frente al secretario de embajada había una silla vacía.

De pronto una dama acompañada por un chambelán tomó asiento en la silla vacía. Vestía de negro, un traje de espejuelos que daba extrañas fosforescencias. Parecía una linda mujer que al punto se vió cortejada por dos jóvenes colocados a su izquierda y su derecha. Al primer vistazo Nilsson pensó: "me voy a entretener, estos dos mozalbetes rivalizarían por complacerla." Habituado a ver mujeres hermosas y rostros hechiceros Roberto no dió importancia a la recién llegada que vista de perfil conversaba con uno de sus acompañantes de mesa. Un perfil griego ciertamente, arrogante el porte y un aire de distinción. Pero flanqueaban la mesa tantas beldades que Nilsson se propuso no prestar mayor atención a la dama de enfrente.

De súbito alzó la mirada y la fijó en la mujer frente a él; sintió como si una descarga eléctrica lo hubiera sacudido: ¡Dios Mío! si era el rostro más hermoso que jamás viera en su vida! Dos ojos violeta lucían como piedras vivísimas. Joven —no tendría más de veinticinco años— la dama miraba a Roberto Nilsson indiferente, acaso evasiva, pero esos instantes de intercambio de miradas habían bastado para hechizarlo. Estaba perdido, si no llegaba a conocerla estaba perdido. ¿Quién sería? No se atrevió a preguntarlo a sus compañeros de mesa.

Un segundo encuentro con los ojos violeta lo dejó absorto: era realmente una bellísima mujer capaz de trastornar al varón más engreído.

A poco más los ojos de la desconocida y los ojos negros del secretario de embajada cambiaban miradas furtivas: el corazón le latió con fuerza, había logrado interesarla, también ella requería su atención.

No, no se trataba de una aventura fugaz, si no del encuentro de su vida: había encontrado a una Diosa.

La beldad entretenía a los jóvenes que la asediaban pero se daba maña y tiempo para echar miradas furtivas a Nilsson cada vez más llamativas, más incitantes. ¡Era correspondido! La bella entendió y se sumió en el juego visual que es la primera trinchera del amor. Siguieron capturándose con la vista y ¡oh maravilla! una sonrisa misteriosa animaba la faz de la hermosa mientras los ojos violeta fulgían enigmáticos.

¡Qué hermosa era...! La llamó la Dama del Destino. Fuese quien fuese casaría con ella y si ella estuviese ligada a otro hombre entonces sería su amante (¡no, cómo macularla con la palabra osada!) sería la amada ideal que se adora para siempre.

El banquete transcurría entre viandas espléndidas y brindis frecuentes sin que nadie reparara en el duelo visual de ambos jóvenes que proseguían buscando ávidamente la recíproca mirada. Ya la desconocida no disimulaba su interés por el secretario de embajada, y éste, embelesado, la contemplaba ansioso cada vez más embrujado por la fascinación de la mujer. ¡Cuán hermosa era, Dios Mío, si parecía un prodigio ultraterreno! UN momento que pudo sustraerse a sus acompañantes la Dama del Destino miró largamente, hondamente a Nilsson y en su sonrisa enigmática el joven leyó la aceptación definitiva: también ella quería ser suya, lo llamaba, lo esperaba...

Minutos antes: dos desconocidos en absoluta ignorancia el uno de la otra y a la inversa. Minutos después: dos enamorados víctimas de la pasión fulminante que prende para siempre.

Estaban a los postres cuando un chambelán se aproximó al secretario de embajada y le dijo en voz baja:

— Señor: su embajador dice que se aproxime a su lado por un asunto urgente.

Nilsson reflexionó: comenzaban los postres, después vendría el café y los discursos de reglamento. Tenía tiempo para volver a contemplar a la bella. Después se haría presentar y nadie podría evitar su amor naciente.

Cambió una última mirada con la joven: los ojos violeta lo miraban hondamente, hondamente... y la sonrisa misteriosa brillaba como una promesa de venturas. "Adiós amada, enseguida vuelvo" pensó sin palabras Roberto Nilsson, y se dirigió al otro extremo de la mesa donde lo aguardaba su superior. Este le condujo a una salita reservada e inmediatamente procedió a dictarle un extenso cable que el secretario debía cifrar y despachar de urgencia. ¡Maldito embajador!

Cuando el embajador concluyó el dictado el banquete había terminado. Roberto Nilsson no volvió a ver ni supo nunca quien era la Dama del Destino. Pero el mirar encendido y la sonrisa misteriosa lo persiguieron el resto de su vida.

Cada día es un nuevo regalo del señor: aprovéchalo. Que las penas pasadas no turben tu ánimo. Ni los peligros futuros te amilanen. Menos las dificultades presentes. Todo tiene solución. Piensa en la dicha de tener buenos familiares y nobles amigos. Eres dueño de tu pensar y de tu hacer. Que música, literatura, bellas artes, ciencias, filosofía, actividad corporal te acompañen. Repara en el cielo azul y en las excelencias del paisaje: desbordan en promesas de ventura. Regocíjate en los seres amados, en los animales en las plantas y las flores, hasta en las piedras

con su mensaje inmóvil. Olvida los agravios y los vacíos de los malintencionados. Sé justo, recto, generoso. Busca profesión útil y quehacer espiritual elevado. Y por la noche en el rezo habitual agradece a Dios que te haya permitido vivir en esta época saturada de grandes realizaciones y graves riesgos. Que el entusiasmo y la dinámica creativa sean los polos de tu acción. Mañana vendrá el nuevo día: acógelo con el mismo ardor fraterno que abrazas al hermano cercano. El te devolverá con creces amor y simpatía.

Los libros que compusiste te dieron grandes alegrías y muchas fatigas. Presentar a cada uno de ellos bien escrito, mejor impreso, revestido de bella portada es cosa difícil que pertenece a la mecánica secreta del escritor.

Unos atribuyen la presencia nítida de la obra al editor o al impresor o a quien, imaginó la carátula olvidando al autor que —no siempre, ciertamente— es el genitor de la personalidad estética del libro.

Lo mismo que el titula el arte de imaginar hermosas portadas y características adecuadas a una edición no se aprende por iluminación, se adquiere lentamente con ayuda de la experiencia y del esfuerzo.

Los desprevenidos —son los más— que entregan al editor y al impresor la construcción tipográfica y gráfica de su libro, ignoran las angustias y los encantamientos del autor que apoyándose en la magia de los artistas y muchas veces hallando por sí solo el hechizo de una portada alcanzan la recompensa de una presentación libresca armoniosa.

Un bello libro bien escrito y mejor presentado es la mayor recompensa para el autor-bibliófilo, artista y artesano a la vez que jamás descuida ni se desprende de sus criaturas ideales hasta que las ve gallardas, esbeltas, surcando como hermosos navíos los mares de la admiración y de la envidia.

El libro como obra de arte: vocación de hombre de letras.

En estos tiempos de turbión donde todo son urgencias, apetitos, conflictos, problemas, inmoralidad y persecución desapoderada del dinero, la democracia pura, que por lo demás nunca ha existido en plenitud, no sirve.

Dictadura, no. Pero si una cierta forma de nuevo sistema democrático. Que todos tengan acceso a las fuentes del voto y del poder, pero una vez elegidos los que deben gobernar que se los deje manejar la mecánica administrativa. El parlamento, organismo anacrónico, semillero de injurias, válvula de escape de resentimientos y ambiciones, resulta obsoleto en lo constructivo, inútil para la ciencia de gobernar.

El Presidente debería ser vitalicio como soñaba Bolívar. En vez de ministros político-partidistas un Gabinete Ministerial constiuido por estadistas maduros o jóvenes de probada capacidad conductiva. Un Consejo de Estado en vez de las Cámaras Legislativa o sea un verdadero Estado Mayor de estadistas y expertos de probada eficacia. Garantizar los derechos humanos a todos pero también exigir a todos sus deberes humanos. Libertad sin libertinaje. Derecho de petición y de crítica y prohibición de acudir a presiones o medidas de hecho que perturben el orden público. Aplicación de la Ley Moral con rápidas sanciones para los que delinquen. La economía manejada científica e imparcialmente con representación de trabajadores y empleadores. Universidades libres de la presión marxista. Los medios de comunicación libres pero pagarán fuertes multas en casos de calumnia o de escándalo inmotivado. FF.AA., en las fronteras y la Policía como una gran organización móvil. No más de cuatro partidos políticos. Equilibrio real entre Estado y Empresa Privada.

Menos politiquería, más sentido práctico para plantear y resolver los problemas internos. En materia internacional el derecho de propio y libre acceso a los océanos de todos los países, y

como meta aun lejana ir a la Confederación de los actuales Estados Nacionales una sola y unificadora gran Patria Sudamericana.

Para cambiar la ética, la política, las instituciones y los vicios actuales formas de vida civil y convivencia civilizada, comenzar por la formación moral y profesional del hombre sudamericano.

El Presidente Vitalicio podrá ser destituido a petición unánime los departamentos en casos de falla en la conducción político administrativa o de corrupción.

Prohibido el derecho de huelga que en Sudamérica sólo es pretexto para el ocio y los disturbios callejeros.

Descubrir a inventar nuevos sistemas políticas, sociales y económicos que den lugar a sociedades humanas más justas donde la democracia bien regulada en sus manifestaciones externas, sea realmente compartida para todos.

Poblar los grandes espacios vacíos del hemisferio sur. Los principios de orden y de autoridad se mantendrán inalterables por encima de las vicisitudes cotidianas.

El mundo moderno no puede ser conformado por el esquema jurídico greco-romano. Transformar, re-inventar la política.

Tu siembra fenece sembrador: el ocaso está próximo.

Tienes tanto que agradecer al Señor: el don de comunicación, el don de entusiasmo, el don de hacer cosas, el don de alegría, el don de asimilar y expresar el mundo.

Llegaste más allá de tus sueños. Tornaste enriquecido de experiencias y contrastes. Siempre te llamaban los horizontes y la tierra materna con su mensaje trascendental.

Ética y estética marcharon en ti pariguales.

Fuiste pecador pero también benefactor. De tus defectos y tus virtudes salió todo un hombre, ávido de aventuras, insaciable de conocimientos. De fuego y aire tus anhelos. De agua y tierra tus perspectivas remotas. Mirando siempre más allá, rayando cosecha tras cosecha. Jamás cansado de imaginar y realizar porque tu carro estuvo tirado por los dos corceles de la fantasía y de la acción.

El Arcángel, enviado por Dios, te salvó muchas veces de caídas desdorosas y percances amargos.

Conociste júbilo y dolor, luces y sombras, éxitos y adversidades. No te mancharon la negra envidia, el odio funesto ni el vil espíritu de venganza. Te alegraron las bienandanzas del prójimo, te doliste por la desdicha ajena. Buscaste bienestar para todos, olvidado de émulo y malquerientes. Ayudar fué tu norma. Enseñar tu divisa.

Orgullosa no, digna si. Aristócrata en el pensar, demócrata en la vida de relación. Nunca cerraste tus puertas al visitante ni diste la mano vacía al necesitado.

Viniste de sana raíz cristiana y caballeresca. Abuelos, padres, hermanos, tíos sin tacha. Y amigos tantos, leales, generosos que enriquecieron tu vida con sus vidas. ¿Enemigos? Piadoso olvido.

Supiste del esplendor de los libros, de los encantamientos de la música, de la plasticidad de las artes, historia, ensayo y filosofía te enseñaron a meditar. El paisaje te entregó sus secretos o mejor dicho: tú se los arrancaste en largas meditaciones. Después de Dios, de la Siempre Novia,

de los seres amados, la Patria, la Montaña Insigne, de los amigos te fueron gratos animales, plantas, flores, los árboles tranquilos y la grama verde. A las ciencias te aproximaste vacilante: no eran tu camino, pero la astronomía y la física intra-atómica te acercaron a los enigmas del universo.

Sin haberlo planeado desde la juventud un artista se insertó en tu alma. De "La Clara Senda" a "Desde la Cumbre" una flecha de luz ilumina tu transitar.

Fuiste elegido. Estabas destinado. Ni la política, ni el servicio público, ni la diplomacia, ni los viajes, ni los azares de un vivir agitado y cambiante torcieron tu arte de escritor; al contrario: todo fué para acrecentar tu escritura.

De la Muy Amada ya hablaste en tres libros. De la primogénita que te dió tres años en el Paraíso en otro. De la segunda hija sólo venturas y alegrías. Del hijo grandes satisfacciones y el sufrimiento que ennoblece. De los nietos, maravillas. Familia, hogar privilegiados.

La cosecha del hombre la recogerán los corazones que te amaron y conocieron. La siembra del artista germinará cada primavera en los ochenta y cuatro árboles que plantó tu ingenio. Te fué concedido tanto que no sabes como agradecer al Señor los innumerables dones recibidos.

Repetirás en la hora de los adioses la frase que te desgarró el alma: ¡Oh Patria, más amada cuanto más desventurada!"

Indio será tu sentir, occidental tu pensar.

Bautizado de ti mismo pasarás a la posteridad: Fernando del Ande desde ahora y para siempre.

.....

Este libro es el espejo que refleja algunos de los pensamientos, imágenes, recuerdos, anticipaciones y fragmentos de ideas que cruzaron la mente y turbaron el corazón del Soñador durante dos horas de meditación sentado en la cumbre del Pamphasi, hermoso cerro de forma cupular que se alza al nor-este de la ciudad de La Paz.

La presente primera edición de "DESDE LA CUMBRE". Es propiedad del Editor Rolando Diez de Medina, © 2006. La Paz - Bolivia

[Inicio](#)